

Las ganas de **VIVIR**



UNHCR
ACNUR
La Agencia de la ONU
para los Refugiados

HISTORIAS DE MUJERES REFUGIADAS EN COSTA RICA

Dedicamos este libro a todas las mujeres
y a las niñas que salen de sus países.

Que los viajes de sus vidas
sean siempre motivo de alegría y no de dolor.



Las ganas de vivir

Este libro es el producto de un taller literario realizado entre octubre y diciembre de 2018 con cinco mujeres refugiadas en el marco de la campaña “16 días de activismo contra la violencia hacia las mujeres”, organizado por la Unidad de Protección de ACNUR Costa Rica.

Las opiniones y afirmaciones expresadas en este libro representan los puntos de vista de las autoras y no necesariamente la posición del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Los nombres, fechas y lugares contenidos en las historias de esta publicación fueron alterados con autorización de las autoras para la protección de su identidad.

Derechos Reservados:

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

El contenido de esta publicación está destinado a la formación y sensibilización. Puede ser reproducido total o parcialmente sin fines de lucro y citando la fuente, previa notificación y autorización de ACNUR.

Unidad de Protección ACNUR Costa Rica: Marcela Rodríguez-Farrelly (Oficial Senior de Protección).

Equipo: Yaruma Vásquez Carrillo, María del Mar González Villar, Sofía Quesada Montano, Alejandra Bogarín Rojas, Wendy Angulo Hernández.

Publicación de ACNUR Costa Rica

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)
Teléfono: +506 2242 0700, cossa@unhcr.org
www.acnur.org/costa-rica.html

**Revisión final: Milton Moreno (Representante ACNUR Costa Rica),
Marcela Rodríguez-Farrelly (Oficial Senior de Protección)**

Concepto, producción general y edición: Yaruma Vásquez Carrillo

Facilitación del taller y redacción: Seidy Salas

Asistente de facilitación: Mariana Cruz

Entrevistas: Natalia Serrano

Fotografías: Ariela Muñoz

Diseño y producción gráfica: Fernando Francia (cosmovisiones.com)

Impresión: Master Litho

Material educativo. Ejemplar sin valor comercial. Producido por ACNUR Costa Rica. Distribución gratuita.

Hecho en Costa Rica, marzo de 2019

CONTENIDO

7 / PRESENTACIÓN: **UNA VENTANA A LA REALIDAD DE LAS MUJERES**

9 / PRÓLOGO: **“NO TENGO/TENGO MI VIDA”**, por Arabella Salaverry

11 / INTRODUCCIÓN: **HISTORIA DE UNAS NIÑAS, UNA PLAYA Y EL MAR**

HISTORIAS DE MUJERES REFUGIADAS



16 / RETRATO: **LUZ**
Por muy gris que se mire el día



38 / RETRATO: **ITZEL**
Los lunes son blancos



62 / RETRATO: **MILAGRO**
¿Cuándo aquí he bailado?



80 / RETRATO: **SALOMÉ**
Los dientes del viento



100 / RETRATO: **VICTORIA**
Gracias por el abrazo

PRESENTACIÓN

Una ventana a la realidad de las mujeres

Desde 1991 Naciones Unidas dio inicio a la campaña anual de 16 días de activismo contra la violencia hacia las mujeres. A partir del 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, hasta el 10 de diciembre, Día de los Derechos Humanos, esta campaña es un momento para reforzar esfuerzos; para correr la voz. Durante dos semanas en todo el mundo se impulsan acciones para poner fin a la violencia contra las mujeres y las niñas.

El tema del 2018 fue “Escuchame también”. Por parte de ACNUR Costa Rica queremos elevar las voces que no siempre son escuchadas: las de las mujeres refugiadas. En el marco de esta campaña la Directora Ejecutiva de ONU Mujeres Phumzile Mlambo-Ngcuka hizo un llamado a que escuchemos y le creamos a las sobrevivientes de violencia basada en género, a que pongamos fin a la cultura del silencio y que coloquemos a las personas sobrevivientes en el centro

de las respuestas al reto que representa esta pandemia de violencia contra las mujeres.

Estos espacios e iniciativas son indispensables, ya que a pesar de los instrumentos que se han creado, leyes, convenciones, protocolos, a pesar de todos los esfuerzos, la violencia y la discriminación contra las mujeres y las niñas continúa siendo una pandemia que no hemos podido detener. En 2011, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en su informe “Acceso a la justicia para las mujeres víctimas de violencia sexual en Mesoamérica” concluyó que “En Mesoamérica, la violencia contra las mujeres es la principal cara escondida de la inseguridad ciudadana”.

Al menos 35% de las mujeres en el mundo han sido víctimas de violencia física o sexual, más de 700 millones de mujeres fueron obligadas a casarse aun siendo niñas, 120 millones de niñas en el mundo han sido víctimas de violación, 200 millones de mujeres y niñas han sido





víctimas de mutilación genital femenina, 60 millones no se encuentran vivas debido a abortos selectivos, infanticidio y negligencia. Solo en el año 2016 1.831 mujeres de 16 países de la región (13 de América Latina y 3 del Caribe) fueron víctimas de femicidio. En Costa Rica más de 20 mujeres fueron asesinadas en el año 2018 solo por el hecho de ser mujeres.

Cuando Jill Radford y Diane Russel plantearon el concepto de feminicidio en su libro “La política de matar mujeres”, nos recordaban que “El femicidio está en el extremo final del continuum del terror contra las mujeres”. ¿Cuál es ese continuum del terror?, este largo camino de violaciones, tortura, esclavitud sexual, incesto, abuso sexual infantil, violencia psicológica, hostigamiento sexual, mutilación genital femenina, violencia ginecobstetra, violencia por parte de sus parejas, maternidades forzadas, y muchas otras formas en las que la sociedad ha encontrado la manera de ejercer violencias y control sobre las mujeres, sus cuerpos y sus decisiones de vida.

El concepto de continuum de violencia fue acuñado por Liz Kelly desde 1988. Nos permite entender que la violencia permanece en la vida de las mujeres, no es coyuntural, ni accidental, ni tampoco ocasional o esporádica. Cada vez que una mujer adulta, una niña, una adolescente mujer o una adulta mayor es víctima de cualquier tipo de violencia por el hecho de ser mujer, esa violencia es parte de una cadena, una larga cadena en la que la violencia es normalizada.

Ver las violencias contra las mujeres como un continuum nos permite recordar no solo su permanencia y sistematicidad, sino que nos ayuda a no olvidar tampoco la afectación a las mujeres como colectivo, y la presencia de las violencias como componente histórico en la

sociedad. Nos permite recordar que no hay violencia pequeña, ni aislada.

Este 2018, un grupo de valientes mujeres latinoamericanas, sobrevivientes de distintos tipos de violencias nos dieron un regalo: plasmaron sus historias de manera permanente. En un proceso de empoderamiento mediado por el arte cinco mujeres fueron parte de un taller literario que tuvo lugar en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica. Por medio de esa actividad ellas abrieron una ventana a sus recuerdos y compartieron algunos retazos de sus vidas.

Luz, Itzel, Milagro, Salomé y Victoria nos dejan estos relatos para que no olvidemos. Que no olvidemos que están aquí, que existen, que caminan las mismas calles, que tienen los mismos derechos, que merecen ser felices. Pero, especialmente, que tampoco olvidemos por qué tuvieron que venir a Costa Rica, por qué no pueden regresar a su antiguo hogar.

Crearon un espacio seguro para romper el silencio y encontraron en ellas mismas empatía, fuerza y sororidad. Además, tomaron el control de este, su proceso, y lo finalizaron con una aventura: fueron juntas a ver el mar.

El resultado fue este libro creado por ellas que nos permitirá escucharlas y llevar su voz a otros espacios. De esa forma nos ayudará a entender lo que significa caminar en sus zapatos.

Huir de un país y dejar todo atrás es muy difícil, todo el proceso de desplazamiento es muy duro para las personas, pero para las mujeres lo es aún más. Además de ser refugiadas son mujeres, por sus cuerpos pasa la violencia basada en género, tanto en su país de origen, como en el tránsito en incluso aquí, en el país de asilo.

ACNUR Costa Rica

PRÓLOGO

“No tengo/tengo mi vida”

Refugiado: un concepto que aprisiona el dolor del desarraigo. Me encuentro con un blues de Nina Simone, esa gran cantante de jazz norteamericana, activista del Movimiento por los Derechos Civiles. El blues se llama *Aint got no/ I got life* (No tengo/tengo vida), una traducción que no alcanza a encerrar la dura realidad que se delinea desde su letra: no tengo amor, no tengo zapatos, no tengo dinero, no tengo relaciones; no tengo padre, no tengo madre, no tengo agua, no tengo tierra; continúa desgranándose en una letanía de pesares, de carencias, y resucita luego diciendo lo que sí se tiene: “tengo vida, tengo mi vida”

Me pregunto si la condición de per-

sona refugiada, cuando se alza al frente la pared inamovible del rechazo, de la ausencia de identificación, de la falta de solidaridad, permite al menos eso: tener vida. Un ser humano desplazado tiene que ir construyendo, desde esa “nada” del desarraigo, un mundo todo. Debe reedificar su vida a partir de la nada. Tiene que aprender a nombrar, aprender a vivir un nuevo paisaje, aprender a soñar desde otra realidad; una que no es la que lo vio crecer; sus referencias –esas que se tejen desde el amor, o el dolor, pero tuyas, aquellas que permiten modelar una identidad-, perdidas.

¿Pero sobre qué base soñar, sobre qué base construir los sueños? Un tre-





mendo ejercicio de resiliencia, comenzar de cero, inventarse una identidad que no perturbe, amigarse con el otro cuando el otro abra canales, que es casi nunca, irse edificando desde el vacío y a partir de allí reclamar un espacio en el mundo.

Y la dificultad, el dolor, se elevan exponencialmente cuando se es mujer. Porque en cualquier sociedad y en todos los estratos sociales el ser mujer conlleva una carga adicional: la condena permanente al silencio. El “signo mujer” ha estado históricamente marcado por la negación de la palabra. Las penas, las humillaciones, la agresión, la soledad, la frustración, no se traducen en palabra. Se callan. Nos han negado el derecho a expresar nuestras necesidades y nuestros sufrimientos.

Por ello este encuentro con “Las ganas de vivir” ha sido una conmovedora sorpresa. Una presentación de la poeta y periodista Seidy Salas -en donde la poesía campea-, nos perfila el sentido del libro y prosigue con imágenes contundentes de cada una de las participantes. Luego, con una prosa clara, iluminada por congojas y esperanzas, cinco mujeres desgranán sus vivencias, sus anhelos, y nos permiten -despertando nuestra empatía-, entender y

solidarizarnos con sus vidas, con su perfil de hojas al viento necesitadas de asidero en su afán de continuar fructificando. Un asidero que emane de un entendimiento cabal, que dimensione en su verdadera complejidad su situación, que propicie la palabra, más allá de un plan o de un proyecto, que se transforme en acción y comprensión desde una humanidad necesaria y así borrar el cerco desolado que conforma la circunstancia de un ser expatriado. Parfraseando la zamba, podríamos aplicar a esta inhumana condición el concepto adverso: “dos puntas tiene el camino, y en las dos nadie me espera”.

Nos anima la ferviente esperanza de que “Las ganas de vivir” abra una ventana e ilumine esta realidad, y la certeza de que su lectura nos llevará a sumergirnos en abismos desconocidos y que en la medida de nuestras posibilidades, y más allá, nos conduzca a colaborar para que cada persona desplazada pueda decir, con vocablos como palomas lanzadas al futuro: “tengo vida, tengo mi vida”.

Arabella Salaverry
Escritora y actriz

INTRODUCCIÓN

Historia de unas niñas, una playa y el mar

Una mujer nunca deja de ser la niña que fue. Nosotras siempre seremos, de alguna o de muchas formas, la niña que recordamos: la que se subía al techo a ver pasar a las aves migratorias, la que hablaba con la luna, la que se escapaba al río, la que odiaba ordeñar las vacas, la que se deslizaba en un cartones ladera abajo. La niña que soñaba y reía; pero sobre todo, la niña triste, la que se quebró.

Porque en nuestra sociedad patriarcal y machista las niñas se quiebran. Son quebradas. Como a la Maléfica de la película, a demasiadas niñas les cortan las alas y las dejan solas, para que sanen y sobrevivan, si es que pueden, a como puedan. Las quiebran las

palabras duras, la desvalorización, el castigo, el abuso, el sentirse invisible, abandonada. Entonces la niña triste, lastimada, se acurruca en un lugar del alma y aunque crezcamos, sus manitas frías, de tanto en tanto, nos halan. En esos momentos en que más nos cuesta caminar.

Invitar a varias mujeres a contar las historias de sus vidas, sean ellas campesinas, refugiadas, científicas, artistas, empresarias, en fin, mujeres; es siempre abrir una puerta para encontrar a una niña triste acurrucada en un rincón. Las estadísticas no mienten: en Centroamérica una de cada tres mujeres ha sufrido violencia sexual, intrafamiliar o de pareja. Todas, absolutamente todas —aún

aquellas que no puedan reconocerlo— hemos sido violentadas alguna vez por el solo hecho de ser mujeres.

Cuando la historia de la vida además no ha contado con privilegios, las etapas se superponen unas sobre otras y de pronto la niña se hace madre, esposa, tiene que alimentar a su familia, cuidar las angustias ajenas, pensar por todos y ser para todos. Sobre la piel de la niña se acomodan dolores nuevos. No hay tiempo ni espacio para hacer terapia, desarrollar herramientas, hacer sanaciones. La mujer sana o no sana y sobrevive si es que puede, a como pueda. Las mujeres somos maestras de resiliencia.

A estas historias de mujeres centroamericanas, latinoamericanas, se suma la historia de países que un día la inequidad y la desigualdad los llevaron a dar vueltas en espirales de violencia. Se suma, además, la violencia que un día atravesó las fronteras del barrio para meterse en sus casas, en el seno de sus familias: estas mujeres vieron a sus seres queridos en las garras de la muerte, algunas de ellas les perdieron. Fueron ellas quienes tomaron la decisión de escapar.

En el taller de narración me encontré a cinco de estas mujeres, y a las niñas que son. En el ejercicio de cierre de la primera sesión hicimos un ejercicio llamado “mirar al mar”. En él se visualiza una playa hermosa, por la que caminamos serenamente, respirando al ritmo de las olas. Luego en la arena, sentadita, encontramos a nuestra niña. La tarea es entonces sentarse junto a ella y abrazarla.

El aula iluminada de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica se nos inundó de lágrimas.

Allí, en el espacio sagrado que se crea cuando las mujeres no estamos en círculo, nos despojamos de las apariencias y nos permitimos escucharnos. Sus historias se fueron desgranando. Lloramos juntas y reímos, nos hicimos nudos y nos desenredamos, nos discutimos y nos abrazamos.

Unas semanas más tarde, en otro ejercicio, preguntamos por las cosas simples que nos gustan tanto y por la última vez que las hicimos. Cinco de las cinco escribieron “ir a la playa, mirar el mar”. ¿Y la última vez? “Años, añales, desde que salí de casa, desde que dejé mi país”.

Dos meses después, al cerrar el taller, tomamos un bus hacia Puntarenas, en la costa Pacífico, y nos fuimos juntas a ver el mar. Vi sus cabellos al viento, sus huellas sobre la arena. Oí sus risas entre las olas y jugué con ellas (la niña mía también ama el mar). Aquel fue solo un simple viaje, un paseo de domingo, pero quizá fue algo más: un regalo a la niñita que nos habita, a la mujer que ahora aprende a amarla, una apuesta a la autonomía y un recordatorio de que los sueños —los grandes a veces, pero siempre los pequeños— se pueden hacer realidad.

Gracias a todas por confiar sus historias para que, compartidas, sirvan a otras mujeres; gracias niñas por ir conmigo al mar.

Seidy Salas Viquez
Facilitadora

EL VIAJE

Mi primer viaje
fue el del exilio
quince días de mar
sin parar
la mar constante
la mar antigua
la mar continua
la mar, el mal
Quince días de agua
sin luces de neón
sin calles sin aceras
sin ciudades
sólo la luz
de algún barco en fugitiva
Quince días de mar
e incertidumbre
no sabía adónde iba
no conocía el puerto de destino
sólo sabía aquello que dejaba
Por equipaje
una maleta llena de papeles
y de angustia
los papeles para escribir
la angustia
para vivir con ella
compañera amiga

Nadie te despidió en el puerto de partida
nadie te esperaba en el puerto de llegada
Y las hojas de papel en blanco enmoheciendo
volviéndose amarillas en la maleta
maceradas por el agua de los mares

Desde entonces
tengo el trauma del viajero
si me quedo en la ciudad me angustio
si me voy
tengo miedo de no poder volver
Tiemblo antes de hacer una maleta
-cuánto pesa lo imprescindible-
A veces preferiría marcharme
El espacio me angustia como a los gatos
Partir
es siempre partirse en dos.

*Cristina Peri Rossi, escritora uruguaya
Estado de Exilio, 2003*

las ganas de **VIVIR**



Historias

DE MUJERES REFUGIADAS
EN COSTA RICA



RETRATO

Luz



16

Una luz pequeñita, de esas que apenas son una mechita que flota sobre aceite en la veladora, llegó una mañana y se sentó en uno de los pupitres del aula. Su voz era un susurro, sus lágrimas queditas como ella, resbalaron cuando en una playa imaginaria se encontró con su niña interna.

Una mañana bailamos. Luz levantó una mano y la otra se la puso en el corazón. Recuerdo verla con los ojos cerrados, ella casi en actitud de alabanza, mientras desde los parlantes la voz de una mujer amazónica nos invitaba a soltarnos al viento.

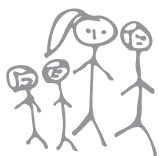
Soltando la madeja del recuerdo, poco a poco la mecha de aquella lucecita creció, como si la mecha se fuera haciendo grande a medida que llegaba más oxígeno, más aire fresco. Quizá eso pasa cuando un dolor se expresa y se valora ¿Desde hace cuándo te vengo cargando? ¿Desde hace cuánto cargo estos pesos?; Lo mismo sucede cuando

un resentimiento se nombra y al hacerlo palpable pierde su fuerza y se aleja; o la culpa que se descubre mirada a los ojos y entonces pierde los dientes y no muerde más.

En el espacio seguro del círculo, entre las voces y las lágrimas de otras caminantes como ella, Luz fue permitiéndose alumbrar, dejando salir a través de los ojos, su hermoso corazón de estrella. Y la escuchamos sus historias, sus consejos, sus bromas y sus sueños. Sus carcajadas resonaron como las olas del mar. Quizá en este camino se cayeron una o dos cadenas, la luz atada a la sombras se siente un poco más libre para brillar.

“ Me gustaría que los ticos y las ticas entendieran que una persona refugiada no viene a quitarles el lugar; que no elegimos esta condición, sino que no nos quedó otra opción para sobrevivir. ”





18

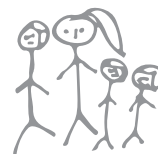
Luz (1979)

Nací en una ciudad llamada Las Neblinas, en medio de vegetación y campos llenos de jardines, por eso llevo la luz y las flores en mi nombre. He recorrido muchos caminos y hoy reconstruyo mi vida, de la mano de Dios y de mis hijos.

LUZ

Por muy gris que se mire el día

A veces siento que mi ángel de la guarda no está cerca y me pregunto si seré yo la que lo ha alejado. Entonces quisiera pedirle que me perdone, que esté conmigo, en mis días, en mis noches, en todo tiempo. A veces también recuerdo lo fuerte que he sido y le hablo a la niña del pasado y le doy palabras de aliento.





Nací el 21 de marzo del año 79 en el pueblo de Las Neblinas, al amparo de un cerro muy verde. El lugar donde quedaba mi casa, mi barrio, se llamaba o aún se llama “El Punto”, quizá porque por ahí pasaban todos los buses que desde los departamentos iban para la capital. Era una zona de ventas: butifarras, chorizos, frutas peladas.

Mi mamá era vendedora, mi papá albañil. La casa en que crecí era en realidad un cuarto grande donde solo había una cama y una hamaca. Éramos muy pobres, había mucha carencia. Recuerdo que jugaba con mi hermano bajo una mesa y que mis juguetes eran naranjas.

Una de niña siempre es feliz, quizá porque no se da cuenta de nada. Para mí bastaba con estar la familia unida. Tenía a mi mamá, mi papá, mi hermano y eso me alcanzaba.

Una tele y una muñeca Barbie

A los 5 años iba al kínder, la vida era jugar, dormir, comer. A los 7 años entré a la escuela y se me hicieron más notorias las carencias. Yo quería tener una tele y me asomaba a la casa de los vecinos para mirar el aparato a través de la ventana, hasta que una vez se dieron cuenta y me rechazaron, cerraron la ventana y me dejaron llorando. ¡Cómo lloré esa vez! Papá se dio cuenta de lo que me había pasado y una noche vino a casa con un televisor. Una de niña es feliz con detalles como esos. Sé que mis padres siempre trataron de darnos lo mejor.

Yo tenía 10 años cuando mamá se enfermó de anemia profunda, estaba embarazada. Estaba entre la vida y la muerte, y yo escuchaba a mi papá diciendo que los doctores le habían advertido: vivía mi madre, o vivía el bebé. Mi mamá tenía 35 años.

En esa época yo iba a donde mi abuela todos los días. Ella tenía una pupusería, ahí yo aprendí a hacerlas y aprendí a cocinar. Deseaba juntar dinero para una muñeca Barbie, porque en casa no me la podían comprar.

Cuando llegó el momento en que mamá iba a dar a luz, le pedí a Dios que mi mamá y mi hermano salieran bien. Y Dios me escuchó y me hizo el milagro. Un 5 de abril nació mi hermano menor. Mi familia era más grande y la pobreza también.

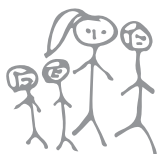
Yo era una niña soñadora, quería estudiar computación, pero a los 11 años tuve que dejar la escuela y empezar a trabajar. Mis padres ya no me daban dinero para comprar mis cosas y tuve que trabajar con mi abuela hasta que cumplí 17 años.

Lavar, planchar y cocinar

Como tantas niñas, yo anhelaba una fiesta de 15 años, pero no la tuve. Creo que mis padres ni se acordaron. Ellos no eran cariñosos, no daban abrazos, no me decían “te quiero”. Solo una vez, en toda mi infancia, me compraron un pastel de cumpleaños.

Así seguí creciendo. En entre las largas horas al lado de la plancha de las pupusas y las tareas domésticas de la casa, yo soñaba con tener una carrera, con ir a la universidad. Una pequeña esperanza se me abrió a los 16 años cuando un tío se ofreció ayudar a mami a pagarme un colegio privado para estudiar el bachillerato. Pero la promesa le duró sólo seis meses y ya no más. No pude concluir siquiera mi primer año de bachillerato. Por más que hice cálculos, con los cinco dólares que ganaba en la pupusería no me alcanzaba, porque también tenía que llevar comida a la casa. ¿Qué hacía papá con su sueldo? No sé, pero a mí nunca me volvió a comprar nada.





Mi mamá era muy dura conmigo. Yo tenía que tener limpia la casa, lavar la ropa de todos y no teníamos lavadora. Me tocaba además aplancharles la ropa a mis hermanos. Detestaba plancharle los pantalones blancos que se ponía para ir a ver a la novia. La plancha tiznaba y era muy difícil que no se me mancharan aquellos pantalones.

A los 16 años conocí Jonás, el que llegaría a ser mi esposo. Un día de diciembre él llegó a la casa a pedir permiso para ser mi novio y mis padres dijeron que no. Nos encontrábamos a escondidas después del colegio o después de trabajar. Él era mi mejor amigo, le contaba mis alegrías, mis tristezas, mis sueños, todo.

Aunque me encargaba del oficio de mi casa y trabajaba largas horas con mi abuela, mamá igual me decía que era una haragana, que tenía que esforzarme más. Una vez me dijo algo que creo me dolerá para toda la vida. Fue un momento que me marcó y no logro olvidar. Mi madre me llamó prostituta y me pegó. Me pegaba por gusto.

Así que un día decidí irme de la casa. Yo siempre ahorra. Recuerdo que me llevé mis ahorros, 300 dólares. Eso, aunque poco, era mucho dinero. Me fui entonces a la casa de mi novio.

Una vida de adulta

Jonás no me quería en su casa porque sabía cómo eran mi mamá y mi papá, quedarme con él sólo iba a agravar las cosas, pero al final aceptó que me quedara. Como los dos trabajábamos todo el día, apenas si compartíamos los fines de semana. Yo viví con él dos meses, luego tuve que regresar a mi casa, porque la familia de Jonás no me quería. Decían que yo era una mantenida, pero no era así. Yo tenía mi trabajo en el comedor.

Yo nunca había estado con un hombre, hasta que estuve con Jonás y recuerdo el día en que llegó una gran noticia: íbamos a ser padres. Recuerdo la fecha, 30 de enero del año 97, me acuerdo de nosotros, de mi misma embarazada. Fue un tiempo feliz.

A Jonás le gustaba la eléctrica-automotriz, en esos años estaba aprendiendo el oficio y ganaba muy poco, así que me tocó trabajar los 9 meses del embarazo para poder preparar la casa para el niño. Siempre me dije que yo no iba a ser como mis padres, que aunque nos querían a su manera, nada sabían de demostrar cariño. A mis hijos no les iba a faltar nada, haría por ellos lo que fuera.

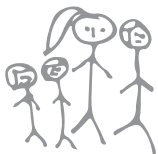
Cuando nació mi hijo yo tenía 17 años. Al cumplir los 19 me casé por la iglesia y por lo civil. Un año antes había empezado a congregarme en una iglesia, sentía a Dios en mi corazón. En esa etapa de mi vida fui muy feliz.

Tres años después quedé embarazada de mi segundo hijo. Recuerdo que me dije “Ya no más”, porque sabía que a dos niños sí podríamos darles todo, pero a más niños no. Me pesaba tanto la historia de carencia de mi familia; la pobreza en la que vivimos mis tres hermanos y yo.

Mi vida giraba en torno a mis hijos, con mucho amor y dedicación. Pero no voy a negar que me sentía un poco frustrada, de pronto me había visto empujada a la vida adulta y todo había sucedido muy rápido. Me decía que había sido por el maltrato de mi mamá que me fui de la casa y por eso mismo tuve a mi primer hijo tan rápido. Y sí, estaba feliz con mi familia pero nunca realicé mi sueño de graduarme y ser profesional.

Los niños fueron creciendo, la vida siguió fluyendo. Había días grises y días claros. Todo iba como se supone, bien. Me sentía bendecida por la familia que Dios me había dado, no me faltaba nada, tenía mi trabajo, Jonás





iba a abrir su taller. Pero entonces empezó la etapa más dura, una prueba que jamás me esperaba.

Grupitos raros

Habíamos llegado al barrio en el año 2008. Para entonces era un lugar tranquilo, se podía salir a cualquier hora, caminar en paz. Nos habíamos pasado de casa porque ya no queríamos vivir con mi mamá, y porque mi hermana Paty nos ofrecía alquilar la mitad de su casa.

No se oían rumores de pandilla, aunque ya existían. También en el barrio anterior. No tuvimos problemas porque ambos barrios estaban bajo el control de la misma mara. Si de donde veníamos hubiese sido territorio de una mara rival, nos pudieran haber matado a los cuatro. Todo aquello estaba envuelto en un velo de normalidad. Vivíamos tranquilos, íbamos a la iglesia, salíamos a trabajar.

Por el año 2011 empezamos a ver grupitos raros. Precisamente se acercaron cuando mi esposo puso el taller de eléctrico automotriz.

Un día llegaron al taller tres jóvenes, tendrían entre quince y diecisiete años. Le dijeron a Jonás que tenían problemas con el dueño de un carro que él estaba arreglando y que se lo venían a robar. Jonás les dijo que se fueran, que no quería que molestaran a sus clientes.

En nuestro barrio ya se asaltaba y se cobraba renta. No pasó mucho tiempo antes de que nos cobraran a nosotros. La renta, en El Salvador es que si usted tiene un negocio y vive en un sector donde hay pandilleros, ellos exigen una mensualidad, una parte de las ganancias que usted obtiene para sobrevivir.

Nos pedían entre \$300 y \$400 dólares semanales. Mi esposo les dijo que no. Los muchachos llamaron a su

jefe, porque no se mandan solos. Luego le dijeron que lo admiraban por tener el coraje para no pagar.

Un año después empezaron a acosar a mi hijo mayor. Una tarde lo siguieron a la salida de la escuela. Le pusieron un arma en la espalda y le dijeron que ya sabían quién era su padre y le preguntaron por las ganancias del taller. Como mi hijo no sabía lo dejaron ir. Fue un milagro que no le hicieran nada.

Sos marero ¿verdad?

Después de ese primer episodio con mi hijo, fuimos a poner la denuncia. Todavía no sabíamos que aquello era una farsa.

Primero te hacen esperar muchísimo tiempo, luego te toman los datos. Pero la policía ya sabe en cuáles zonas opera cada mara y conocen muy bien lo que hacen. Por eso nunca pasa nada.

Más bien se ensañaron con mi hijo. Una vez lo requisaron y le torcieron las orejas. Le preguntaban “vos sos marero, ¿verdad?”. Eso también le pasó a mi hijo cuando venía saliendo de la escuela.

Denunciamos el abuso policial, pero lo negaron todo y otra vez no pasó nada. Siempre fue una farsa.

Luego atacaron a mi hijo menor. Le preguntaban si quería ser pandillero, ser un “poste” de la mara a cambio de la seguridad de su familia. Le dijeron que si entraba a la mara, dejarían de cobrarnos la renta, pero aún así, mi hijo no aceptó. Al mayor también le hicieron la oferta.

Todo el mundo sabe dónde están los mareros. Se reúnen en lugares que ellos llaman “estoiler”. En nuestra colonia había dos. Mi esposo se fue a buscarlos,





a pedirles que no se metieran con nuestros muchachos, a pedirles por favor que no los involucraran.

El jefe ya nos conocía, sabía nuestros movimientos. Las horas de entrada y salida, los días que íbamos a la iglesia; sabían todos los movimientos de nosotros cuatro y de la familia de mi hermana también.

En ese momento no pasó nada más. Yo creía que todo había quedado tranquilo, pero no. Años después mis hijos me contaron que nunca dejaron de acosarlos, de amenazarlos. Les decían que si no entraban a la mara, los iban a matar a ellos y a su papá. Ellos siempre se negaron.

Una espiral de tragedias

En el 2014 ya habíamos comprado carro. Los pandilleros nos pedían que lleváramos a personas asociadas a la mara. Una noche, la policía nos cayó en una redada. Nos dijeron que habían puesto una denuncia anónima porque vendíamos droga. Dos carros particulares nos venían siguiendo, y en un momento nos encerraron entre los dos. Nos bajaron y nos pusieron contra la pared y destruyeron el carro. Nos trataron como maleantes. Nos tuvieron una hora ahí.

Un rato después mi hermana Paty me llamó diciendo que los policías estaban en nuestra casa y querían entrar a nuestros cuartos. Entraron, registraron y tiraron todo; hasta nos robaron dinero. En ese mismo año sufrimos tres requisas más en mi casa. Nos acusaban de narcotráfico y tráfico de armas. Los policías llegaban encapuchados y con los códigos tapados. Por supuesto que nunca encontraron nada. Lo extraño es que los policías siempre eran de la capital, no de la zona en la que vivíamos.

En el año 2014 a mi papi le detectaron un cáncer en el pulmón. Fue muy duro ver como esa enfermedad

le ganó la vida. Tenía solo 55 años. Después de que le diagnosticaron cáncer solo vivió un mes más. Estuvo ese tiempo en el hospital y le dieron el alta. Cuando lo llevamos a casa íbamos todos felices, mas no sabíamos que al día siguiente iba a morir. Murió un domingo 5 de mayo del 2014, a las 6 de la mañana.

Mi papá nunca supo de los problemas que nosotros pasábamos con las pandillas. Problemas que seguían ahí luego de que él murió.

A inicios del 2015 regresábamos de la iglesia, vimos a 4 jóvenes que nos andaban siguiendo. En ese momento no podíamos andar tranquilos por ningún lado, siempre nos andaban controlado: la policía, las maras.

Una noche, escuchamos cómo le pegaban a las puertas de nuestra casa, queriendo entrar. Desde afuera gritaban que eran de la policía, andaban uniformados y con armamento pesado. Jonás se asomó y reconoció a un marero. No era realmente la policía. Yo comencé a rezar para que no nos pasara nada, pensando que si nos tocaba morir, lo mejor era que nos mataran a todos.

Económicamente nos empezó a ir mal. Los vecinos, que veían las requisas policiales y lo vigilados que nos tenían las maras, se alejaron. Los clientes de Jonás también mermaron, el barrio se había vuelto zona de asesinatos y asaltos. Yo solo pensaba que quería salir de ahí. Vivíamos en esa agonía de salir sin saber si íbamos a regresar a casa.

Salir, salir de ahí

Hablé con mi esposo y aceptó buscar opciones para dejar el barrio. De la iglesia nos ayudaron y nos fuimos al campo. Paty se quedó porque no tenía dónde irse. Por primera vez en mucho tiempo pude volver a dormir en paz.





Intentamos seguir con nuestras vidas, conseguir trabajo, pero a los 10 días de haber llegado nos robaron. Regresamos a la casa para descubrir que se habían llevado nuestras cosas, la computadora, el televisor; no nos dejaron nada. Ningún vecino vio nada, pusimos la denuncia a la policía, que esta vez fue más amable, pero tampoco pasó nada más.

Una semana después nos llegó a buscar un muchacho de gorra, que se veía sospechoso. Me saludó “ajá, jomita”, que es como se tratan entre mareros, le pregunté “¿usted por qué me dice así?”.

El muchacho se levantó la camiseta y nos mostró el tatuaje: MS y nos apuntó con una pistola. Volví a ver hacia afuera y vi seis hombres más. Mis hijos salieron a ver qué pasaba y el hombre dijo “perfecto, estos están buenos para ser mareros”. Se repetía la historia una y otra vez.

Alguien le había dicho a esta pandilla que nosotros veníamos de un territorio rival y por eso nos habían robado. Ahora venían con una oferta: querían que Jonás se hiciera cargo de una pandilla en la zona rural. Y si no aceptaba, pues nos iban a matar. Yo no sé de dónde saqué el coraje para responderle: “A mí no me vas a intimidar y si Dios te da permiso de matarnos, hácelo, matáanos ahora.”

Yo no sé si el hombre se dio cuenta del miedo que yo tenía, pero no nos mató. Nos dio un ultimátum de 24 horas y por supuesto, nos fuimos.

Tuvimos que regresar a la casa de mi hermana porque ya no teníamos dinero para pagar otra casa. Solo tuvimos 10 días de tranquilidad. Lloré. Lloré porque no me quería regresar, prefería vivir debajo de un puente que volver. Y tuvimos que volver.

Una llamada que nadie quiere contestar

Mi esposo y yo ya teníamos en la cabeza la idea de salirnos. Estábamos ahorrando todo lo que podíamos porque ya no aguantábamos a las maras. Anduvimos tocando puertas para ver quién nos ayudaba.

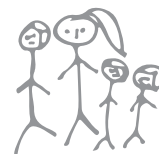
Fue mi cuñado el que nos contó que en Costa Rica estaban dando refugio. Empezamos a investigar. Averiguamos sobre los pasajes, cuánto valía el vuelo, qué otras formas había de realizar el viaje. Paty también inició los trámites, su suegra le iba a prestar la plata para venirse.

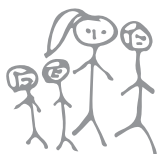
Ella también tenía los mismos problemas. A su familia también querían rentarla. Paty y su esposo Antonio tenían una tienda, en Costa Rica le llaman pulpería, de eso vivían. Un 10 de abril del año 2015 mataron a su esposo. Lo mataron a las 5:30 de la tarde, lo hicieron delante de sus tres niños.

Recuerdo ese día. Me había ido a trabajar temprano como siempre. Jonás se quedó en casa porque ya había quitado el taller y al final de la tarde me iba a recoger. Veníamos de regreso cuando me entró una llamada. Recuerdo que Paty gritaba: Veníte, venite, mataron a Toño.

Mi hermana y mi cuñado habían ido a comprar comida para los perros. Él estaba comprando y sus tres chiquitos esperaban en el carro. De pronto se le acercaron tres hombres por atrás y le dispararon 8 balazos, tres en la cara y los demás en el cuerpo. Murió de un disparo en la frente. Cuando yo llegué, los niños estaban gritando en el carro y Paty lloraba sobre el cuerpo de su esposo; ya había policías ahí. Yo alejé los niños.

Fue muy duro para mi hermana. Un mes después me iba a tocar a mí.





Con el asesinato de Antonio se acrecentó la agonía. Salíamos de la casa con gran miedo. Saber que uno tenía que salir porque había que trabajar, empezar cada día con la incertidumbre de no saber si íbamos a regresar con vida. Pero teníamos que quedarnos viviendo ahí. Ya no salíamos, no íbamos a la iglesia, los niños ya no iban a la escuela y a mí me tenían que dejar y recoger en diferentes carros.

Luego de la muerte de mi cuñado fuimos a San Salvador al consulado de Costa Rica, para pedir refugio. Pero nos dijeron que no podían hacer nada por nosotros. Teníamos que llegar a Costa Rica para poder empezar el procedimiento. Averiguamos y el autobús nos costaba \$160, más impuestos en cada frontera. Eran \$200 por persona. Estaba más que claro, teníamos que irnos. Pero no teníamos dinero.

En mi país son muchas las muertes causadas por las pandillas. Yo no podía dejar de pensar en aquella noche cuando rodearon la casa. Su objetivo era matarnos a todos, pero no sucedió.

El abrazo

Una tarde, a los inicios del mes de mayo, llegué del trabajo y mi esposo estaba raro, tanto que se puso a llorar. Dijo que se sentía angustiado, inseguro. Rezamos y nos fuimos a dormir. Al día siguiente fuimos a la iglesia y de salida vimos a los que mataron a mi cuñado.

Llegó aquel 13 de mayo de 2015. Me levanté como siempre a las cinco de la mañana a preparar la comida. Jonás se acercó, me abrazó, y me agradeció que los cuidara tanto. Yo no sabía que ese era el último abrazo que me iba a dar. Ese día me marcó y me cambió la vida.

El 13 de mayo se celebra el día de la Virgen de Fátima y vienen excursiones de muchos lugares. Mi

vecino Robert me fue a dejar en el carro. Le dije que tuviera cuidado, que venía mucha gente de afuera. Ese día no sé por qué me sentía triste, me sentía mal.

En mi trabajo no me permitían tener el celular. Cuando terminé mi turno me fui a verlo y tenía como mil llamadas de muchos números distintos. Cuando pude llamar a mi esposo me contestó mi hermana. Me dijo “venite, mataron a Jonás”.

Me desmayé. Cuando desperté quería pensar que todo era un sueño, pero no. Lo mataron a las 11:15 de tres balazos en la cabeza.

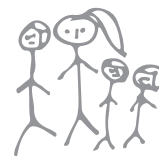
Cuando llegué a mi casa, lo vi allí, tirado, con una sábana encima. Ya había llegado la policía y estaban los cordones amarillos. Mi hijo me contó que minutos antes los dos estaban arreglando un carro. Jonás le pidió que entrara porque estaban pasando grupitos muy raros. Le dijo que lo quería y lo abrazó.

Mi hijo entró, a los 5 minutos escuchó los balazos. Cuando salió, su padre todavía respiraba. Me cuenta que le dio una mirada que nunca se le va a olvidar. Jonás era dulce y brillante.

El inicio del viaje

Cuando vi a los policías estallé. ¿Cuántas veces les había dicho que estuvieran al tanto de esta colonia? La policía solo viene cuando la gente ya está muerta. Están con las maras, o les tienen miedo.

Yo lloraba sobre el cuerpo de mi esposo. “Te lo dije”, le reclamaba, “nos hubiéramos ido a vivir debajo de un puente”. Ese día mi esposo había ido a sacar el dinero que habíamos estado juntando para salir unos días después para Costa Rica.





En la noche la hicimos la vela, al día siguiente, el entierro. Antes aún de que nos devolvieran el cuerpo, mis hijos ya habían hecho la maleta. Se fueron de la casa el mismo 13 y no regresaron más. Los mareros me hicieron llegar un mensaje: “Si matamos a tu rata grande, será fácil matar a las pequeñas”.

El 13 es un día muy importante para los mareros. Ellos ya habían planeado que ese día iban a hacer una fiesta. Yo creo que la fiesta fue en el cielo, al recibir a mi esposo.

Mientras ponía la denuncia por las nuevas amenazas, un detective me habló, me sugirió reunir a otra gente, vestarnos de policías y buscar a los mareros: “vamos casa por casa, hay que hacer una masacre”. Yo le respondí que eso no me iba a devolver a mi esposo. La violencia no se soluciona con más violencia.

En la vela, una amiga me preguntó: Luz, ¿qué vas a hacer ahora?”, yo no sabía. Me contó que en Costa Rica tenía una amiga que podría recibirme, en un lugar que se llama Liberia. Recordé a mi esposo, el plan para salir del país y tomé la decisión. Le dije que sí, pero que le tenía que contar lo que pasó con mi esposo y que yo iba huyendo de las maras. Esa misma noche hizo la consulta y la señora aceptó.

Me quedé tres días más en la casa, resolviendo asuntos, juntando papeles. Tres noches de insomnio y soledad. ¿Cómo se hace con tanto dolor? ¿Cómo hice? Ya mi papá había muerto, un mes antes habían asesinado a Toño y acababan de matar a mi esposo.

La comunidad de la iglesia me llegó a donar \$7000 dólares, pero yo no quería ese dinero, prefería tener a mi esposo vivo. Lo tuve que enterrar en un cementerio privado, porque en los públicos sacan al muerto y se lo llevan después. Por lo menos sé dónde está enterrado mi Jonás.

Dejar atrás una vida

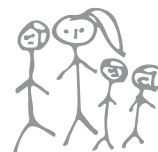
Un 21 de mayo salí de mi país rumbo a Costa Rica. Salí sin saber qué me esperaba, sin conocer a nadie, sabiendo que dejaba mi casa, mis cosas, la vida que conocía, una vida en la que yo sentía que no me faltaba nada.

No le avisé a nadie que me iba, para protegerles. No me despedí. Dejamos todo en un cuarto de la antigua casa. Luego un hermano se encargó de vender todo. Salimos a las 2 de la madrugada, dejando atrás aquel pueblo que ya no iba a ver nunca más. Pasamos en frente del cementerio donde quedó una tumba que ya nunca iba a volver a ver. Lloré mucho ese día, cada kilómetro lo lloré.

Llegamos a las 6:30 de la noche a un lugar llamado Guanacaste, a Liberia. Allí me recogió Jenny. Ella me llevó a su casa. Solo había visto su foto, en el Facebook de mi amiga, pero la reconocí. Recuerdo que me dio un cuarto pequeño, con una cama donde dormíamos los tres. Allí pasamos dos meses. Por el día nos íbamos al parque de Liberia a ver la gente pasar, recuerdo un parque amplio, frente a una iglesia muy blanca, era bonito, pero yo no podía dejar de llorar.

Estuve un mes en depresión. Me quería morir, tenía una voz que decía “matate, matate”. Pero si me moría yo ¿quién se quedaba con mis hijos en un país extraño? ¿Quién los cuidaría? Dios me ayudó a salir esas mañanas demasiado oscuras. Empezó a salir mi fortaleza y a la voz de la depresión se impuso la voz vital de mis dos hijos.

Al cabo de un par de meses, nos empezamos a sentir incómodos en la casa de Jenny. Quería que le diera \$300 por mes. Yo compraba comida y cocinaba para todos. En un par de ocasiones se comieron sin consultar cosas que habíamos comprado. Decidimos entonces tener solo comida no precedera en el





cuarto. Desde ese momento no puedo comer galleta soda. Al poco tiempo llegó mi hermana y pasamos a ser 7 en un pequeño cuartito. Los fines de semana nos íbamos a algunas playas cercanas. Yo solo pensaba “¿qué hago aquí?”.

Entonces fui a migración para empezar con el trámite de refugio. Busqué una casita en Liberia y la renté. Lo único que pude comprar fue colchones, pero así al menos podríamos dormir mejor. Una sale sin nada. Deja su casa, su cama, sus cosas. No teníamos más que una casa vacía, sin muebles, solo con tres colchones y nuestra ropa.

Comenzamos a ir a una iglesia en Liberia y allí un hermano me dio trabajo 4 horas al día. Creo que lo hizo más por ayudarme, porque se me hacía difícil encontrar trabajo. Sin papeles legales es muy difícil obtener trabajo, pero además el permiso laboral por sí solo no ayuda mucho y yo gastaba como \$100 cada vez que iba a San José a hacer los trámites del refugio. Mi hermana comenzó a hacer los trámites también.

A los tres meses el dinero se gastaba. Yo quería devolverme a El Salvador, pero nos aconsejaron que nos quedáramos, no podía arriesgar a mis hijos, me los iban a matar.

A los días recibí la respuesta del refugio, me pedían que fuera a San José. Una funcionaria me dijo “bienvenida a Costa Rica, le damos el refugio por sus hijos, ahora sólo tiene que pagar la cédula”. Yo lloré porque estaba muy feliz, como si me hubieran dado un gran premio, y sí que lo era. Un día después le avisan a mi hermana que a ellos les rechazan el refugio. Nunca supimos bien por qué.

Recomenzar aún en los días grises

A los cuatro meses de haber llegado por fin encontré empleo de tiempo completo, en labores domésticas, pero tenía que dormir en esa casa. Eso no me gustaba, pero la necesidad de mantener a mis hijos me hizo aceptar. Tuve que dejarlos solos, nos veíamos cada quince días y era muy duro para los tres.

En diciembre de ese año, nuestro primer diciembre en Costa Rica, me traje a mis hijos a la capital. Nos fuimos a vivir a un precario en la Trinidad de Moravia. Había gente rara como donde vivía en El Salvador. No era eso lo que buscaba. Yo seguía trabajando en labores domésticas, pero al menos ya veía a mis hijos un día por semana.

A los ocho meses me traje a mi hermano, al año de estar acá me traje a mi otra hermana. Un par de meses después se vinieron los demás, dos hermanos más y mi mamá. Ya toda mi familia está aquí y están haciendo los trámites de refugio.

No es fácil recomenzar una vida en Costa Rica. Nosotros no decidimos salir de nuestro país para vivir acá en Costa Rica. Todo es muy caro y es realmente difícil encontrar oportunidades. También nos hemos encontrado con personas egoístas o tan indiferentes. El trabajo como doméstica es muy explotado, quizá porque se sabe que quienes trabajamos en esto tenemos mucha necesidad y se aprovechan de nuestra situación.

Para mis hijos el inicio en Costa Rica fue muy duro. Se sintieron discriminados, por salvadoreños, por extranjeros. Muchas veces escucharon que veníamos a vivir del gobierno o que veníamos a robarles el empleo.

Al mayor le tomó dos años encontrar trabajo, pero gracias a Dios y a redes de solidaridad lo encontró. Con su primer sueldo, me compró un regalo. Llegué a la casa y me llevó a mi cuarto, sobre la cama había





puesto una caja con unos zapatos que me había comprado, él sabía que yo los quería y con su primer sueldo me los compró.

Cuando pienso en esto me duele, porque en El Salvador mi hijo iba a la universidad, pero aquí es muy cara y no puede ir. Mi otro hijo tuvo que dejar el colegio. En este momento no estudia, pero deseo de todo corazón que lo pueda hacer.

Mis hijos ahora dicen que les gusta Costa Rica. Se están adaptando. Nos estamos adaptando. Entre risas ahora decimos que estamos “pura vida”. Y no, ellos no sueñan con volver a El Salvador, creo que yo tampoco. Pero me gustaría algún día poder ir a visitar aquella tumba. Han sido duros estos cuatro años sin él.

Ser otra luz

Con el asesinato de mi esposo me arrancaron algo. Viví 17 años con mi esposo, mis mejores años. Pero vale más la vida de mis hijos que mi país. A veces uno se siente esclavo del propio país, pero cuando tu país te expulsa, te agrede, te mata, no queda más que dejarlo para buscar un espacio donde se pueda caminar en paz.

Me gustaría que los ticos y las ticas entendieran que una persona refugiada no viene a quitarles el lugar; que no elegimos esta condición, sino que no nos quedó otra opción para sobrevivir. Por eso, uno de mis sueños es tener una casa con muchos cuartos, para poder recibir personas refugiadas. Porque es muy duro venir a un lugar huyendo y encontrar puertas cerradas. Por dicha a mí no me pasó.

Yo sé que ahora soy otra Luz. Me río de más, hablo mucho más. Me siento en libertad, auténtica. Soy la luz que estaba muerta, pero que ahora está viva por sus hijos. La verdad soy muy diferente. Tengo ganas de vivir.

Cada día que amanece agradezco porque allá dormía y despertaba con aflicción. Aquí no. Doy gracias por el día a día. Tal vez no tenemos lujos, pero yo soy feliz con eso. Aprendí a valorar lo que uno tiene. Cuando te mueres, no te llevas nada. Mi esposo se preocupaba mucho por el mañana. ¡Si se me antoja una pizza me la compro! Soy responsable con el dinero, pero también aprendo a disfrutar lo que se tiene.

Costa Rica también me está enseñando a sentirme más liberada. En El Salvador hay mucho machismo, ¡y nosotras tenemos derecho a expresarnos! Yo aquí me expreso. Ahora me arreglo más. Allá no usaba pantalones, pero cuando llegué aquí los uso. A Jonás le gustaba como me veía, pero allá no me atrevía.

Le agradezco mucho a las organizaciones que a lo largo de estos cuatro años nos apoyaron. Agradezco el proceso de escribir este libro. He llorado mucho, pero ahora recuerdo sin tanto dolor. Siento que estoy sanando y ayudo a mis hijos a sanar también.

Aprendí que uno se puede levantar de las cenizas.



RETRATO

Itzel



38

Hay personas tierra, que son serenas y firmes. Personas viento, que pasan alborotando cabelleras y levantando polvaredas. Personas fuego, tan apasionadas, tan candentes; y personas agua, que fluyen y discurren. Hay personas que también están llenas de agua, si bien no siempre, sí en algún momento de sus vidas. Así era Itzel cuando la conocí, llena de agua.

Como el cerro Zurquí en temporada de lluvias, a Itzel le salía un torrente de sentimientos cada vez que abría una pequeña puerta a su pasado. Había lágrimas fresquitas, lágrimas a flor de piel; otras salían de rincones ocultos, de pozos muy profundos que se creían clausurados. Pero el agua que se guarda dentro no se seca, si no le da el viento ni el sol.

En el agua oscura de sus sentimientos, nadando silenciosas, a Itzel la acosaban las culpas. Culpas por el destino del padre, de la hermana, de la madre, de la abuela; culpas por lo no escogido, por lo obligado, por los sueños rotos y por los secretos forjados al ritmo del destino. Dolor de todo, hasta del nombre propio. Piel que duele desde las entrañas.

Una tarde, conversando a la sombra de un árbol, le pregunté a Itzel por la pesada caja de culpas que cargaba. ¿Cuántas son tuyas? ¿Cuáles?

Itzel me contó que estaba enferma o que se enfermaba con frecuencia. Alterados su LDL y su HDL, su sistema digestivo le había jugado siempre malas pasadas. Su estómago reaccionaba a la angustia, a la ansiedad y al miedo cerrándose o expandiéndose, como un animalillo asustado que no encuentra madriguera. Su cuerpo no sabe bien qué hacer con tanta agua contenida, las culpas, bestias dientonas que muerden.

Sin embargo, en los ojos agua de Itzel, esa mujer que escogió para sí el nombre del lucero de la tarde, estaba también una chispa de fuego. Su cara se ilumina cuando habla de sus sueños, de lo mucho que le gusta pasear, de su nietecita, de sus hijos, del futuro.

El agua fluye entonces y es savia en las venas. Las risas de Itzel, como su hermoso cabello suelto, son la otra cara del agua. La cascada que canta la canción del agua fresca. La que da vida.

“ Aquí me vinculé con una organización y ya terminé todos los cursos como voluntaria. Eso me hace bien, es parte de mi identidad. Trabajo cuidando personas mayores y me gustaría que mis hijos pudieran estudiar. Quiero que mi nieta crezca segura y libre. **”**





Itzel (1973)

Soy una mujer humanitaria, fuerte, luchadora. Cuento mi historia para que otras personas sepan que todas tenemos derecho a vivir en paz, que tenemos familias, que queremos vivir con dignidad.

ITZEL

Los lunes son blancos

Desde niña he sentido que los días tienen color. Algunos me gustan, otros no. Los domingos, por ejemplo, son rojos y me encantan. Los lunes no. Fue un lunes cuando salí de mi país.





Mi nombre es Itzel, que quiere decir Lucero de la tarde. Tengo 45 años, nací y crecí en El Salvador. Quiero contar un poco de mi historia, relatar lo que pasó en mi vida, momentos que muchas veces me hacen llorar.

Es la historia de una niña triste, de una muchacha ingenua y de una mujer valiente. Una mujer que por mucho tiempo no creí ser. A algunas personas nos tocan vidas muy duras ¡Yo no entiendo por qué! Quise contar mi historia porque me hacía falta desenterrar ese pasado y porque quiero mostrarles que todas las personas refugiadas tenemos una historia detrás.

La casita en la montaña

La casa donde nací tenía solo una habitación. Techos de teja, piso de tierra. El terreno se lo habían regalado a mamá y quedaba en medio de la montaña. Desde atrás de la casa se subía al cerro, se cruzaba un río y se llegaba al campo donde mamá tenía vacas y sembraba frijoles, pepinos y maíz. Papá tenía un carro pick up y trabajaba llevando gente del mercado a los cantones cercanos.

Mi familia era grande. Además de mamá, papá y mis seis hermanos, cerca vivía mi abuela y mis diez tíos, hubieran sido once, pero uno de ellos se ahorcó. El lugar donde quedaba mi casa era conocido por los “pasajes”: Pasaje los Rivera, Pasaje los López y así. Nuestro pasaje llevaba el apellido de la abuela.

El pueblo era muy sano, muy tranquilo, todos nos conocíamos. Hasta que un día, tendría yo 10 años, nos alcanzó la guerra. En las montañas, la guerrilla hacía “tatús”, que eran hoyos en la tierra donde se metían y escondían cosas. Con frecuencia, botaban las torres de la energía, les ponían bombas y se oían muy cerca de la casa. Nadie quería subir a nuestra montaña, porque todos sabían que allí estaban los guerrilleros. Era peligroso.

Recuerdo una tarde, cuando acababa de nacer mi hermano más pequeño, que unos hombres golpearon a la puerta, eran guerrilleros. Mamá nos escondió debajo de la cama, a mi hermana, a mi prima y a mí. Si los hombres nos veían, nos iban a violar.

Tiraron la puerta y empezamos a llorar y a gritar para que nos escuchara un tío que vivía en la casa de a la par. Los hombres le exigían a mamá que nos sacara, nos querían a nosotras. Mi prima siempre reclamó que por qué la habíamos invitado a la casa ese día; pero nosotros no sabíamos que iba a suceder eso. Recuerdo que a mamá le quitaron al niño de los brazos y se la llevaron a un rincón, yo creo que la violaron a ella. Se fueron y dejaron la puerta tirada, rota, y a mamá llorando.

Tiempo después papá nos abandonó. Se fue porque tenía otra mujer. Mamá empezó entonces a trabajar más duro para criarnos. Era una mujer de campo. Tenía la piel blanca, el pelo largo y negro. Era gordita y padecía de la presión. Se enojaba mucho y cuando se enojaba, nos castigaba.

Por culpa de un huacal

A veces mamá me mandaba subir al cerro donde estaban las cosechas. Yo subía renegando, me daba miedo la montaña. Siempre supe que no era lo mío, que no quería vivir ahí ni trabajar en el campo. Una vez mamá me mandó a traer pepinos en un huacal, pero me caí. Rodé por la ladera hasta parar en la quebrada, me rompí la piel de las piernas, me golpeé toda. Y cuando mamá lo supo, me castigó porque quebré los pepinos y aplasté el huacal.

Para esa época, ya mamá hablaba de internarnos a mi hermana Betty y a mí. Decía que no podía cuidarnos, que había demasiado peligro en la montaña y hablaba de un colegio de monjas a donde nos iba a llevar.





Mamá me castigaba mucho, más porque yo me le corría. Ella me decía que tenía que ordeñar las vacas y a mí no me gustaba. Quería que aprendiera a tortear, pero igual no me gustaba, nunca me ha gustado cocinar. Lo que yo quería era desaparecer de ese lugar.

Papá una vez vino con la intención de llevarse a dos de los varones mayores. Pero mamá no aceptó, ella dijo que nos quedábamos todos con ella. Papá llegaba a veces a vernos. Una noche llegó justo en el momento en que mamá nos castigaba a Betty y a mí. Nos había metido en un matate, que es donde se meten las tusas del maíz y nos guindó de la galera y decía que nos iba a quemar. Nos estaba castigando porque le habíamos quebrado el cántaro a una prima de nosotras que nos caía mal. Ella nos mandaba a traer agua a un río y me tocaba a mí llenar el cántaro, pero mi prima se metió, por eso le aventamos el cántaro al río. Era una travesura de niñas, pero mamá no aguantó más. Mamá nos pegaba porque a ella también le habían pegado cuando era niña. Además mi papá, su propio esposo le pegaba mucho.

Cuando papá llegó, mamá ya había prendido fuego y nos estábamos quemado el pelo. Nosotras gritábamos y papá se enfureció. Se le vino encima y decía que estaba loca, que la iba a matar. Nosotras gritábamos que no le pegara, que habíamos tenido la culpa, pero él decía que ella lo merecía por tratarnos tan mal.

Papá era violento. Recuerdo que cuando él llegaba y se sentaba, yo iba y me metía entre sus piernas, pero él me agarraba del brazo y me aventaba lejos. Mi abuela me contó que el día de mi bautizo, sacó a mamá de la fiesta y la llevó hasta un puente. Papá me tomó de los piecitos y amenazó con tirarme al río, pero solo se me cayó un zapato. Nunca me quiso y yo de niña no entendía por qué.

Al internado

Un día, mamá cumplió su palabra y nos fue a internar, yo tendría entonces 11 años. El internado se llamaba El Buen Pastor, era un colegio de monjas, para niñas buenas, pero pobres. El gobierno daba becas y nos becó a mi hermana y a mí. De todas maneras, mamá tuvo que vender las vacas para comprarnos las cosas que necesitábamos llevar.

Recuerdo mucho a una moja, sor Laura. Ella nos recibió. Nos abrazó y nos dijo “se van a quedar aquí con nosotras, aquí van a vivir y aquí se van a portar bien”. El colegio era muy lindo, grande, limpio. Tenía cinco hogares, uno para las más chiquitas, otro para las que seguíamos y así hasta las más grandes, las que ya eran señoritas. Cada hogar tenía su nombre, eran nombres de santas.

Me encariñé con Sor Laura, ella era una mujer muy dulce, yo la quería como a una mamá, y ella también me quería. Nos regalaba comida a escondidas, nos abrazaba.

Por nuestras edades, mi hermana y yo quedamos separadas. Nos veíamos en la cancha por la tarde, cuando salíamos a jugar. Betty siempre lloraba, no le gustaban las reglas, no quería estar sin mí. Un día me dijo que se iba a escapar. Yo le recordaba que mamá no nos podía cuidar, que allá estaba la guerra, que era peligroso, pero a Betty no le gustaba estar allí, y un día se escapó, se brincó la malla y volvió a la casa. Allá mamá la puso a hacer de todo, ordeñar, sembrar, cocinar.

Yo me quedé en el colegio porque me gustaba. Tenía muchas amigas, me sentía bien, solo sufría un poco los días de visita, porque a mis compañeras les llevaban cosas y a mí, mamá no me podía llevar nada. Yo deseaba un pedacito de pollo, de queso, pero mamá con costos me llevaba alguna fruta, las cosas que podía traerme del campo.





Recuerdo especialmente el episodio de mi primera comunión, me costó muchísimo aprenderme el catecismo, tanto que las monjas me encerraron un fin de semana completo para que me lo aprendiera. A mí no me gustaba leer ni escribir, pero de alguna manera lo aprendí. El día de mi comunión vinieron mi mamá y mi abuela, me traían un vestido, un vestido hermoso que cosió mi abuela. Después, Sor Laura me llamó a su oficina para darme un regalo, un pequeño pastel de chocolate solo para mí.

En el colegio estudié desde el primero hasta el noveno grado. Las clases sólo se interrumpieron para el terremoto del 86. Esa vez a todas las niñas del colegio se las llevaron sus padres, menos a mí. Me quedé solita con las monjas, pensando si a mamá le había caído la casa encima. No tenía forma de saber. Como a los tres días vino a traerme con papá. Supe que no habían llegado antes porque todos los caminos estaban cerrados, San Salvador estaba hundido. Entonces yo comprendí.

Para esa época había un muchacho que me gustaba. Él estudiaba en la parte del colegio que no era internado y me había regalado un espejo. Yo amaba ese espejo, pero en medio de las angustias del terremoto se me quebró. ¡Cómo lloré por ese espejo! Recuerdo que mis amigas le decían ricitos de oro a aquel muchacho, porque era rubiecito.

El terremoto fue en octubre y yo volví al colegio en enero, tenía ganas de volver. Ya era mi último año porque allí no había bachillerato. Cuando terminé, las monjas me ofrecieron quedarme trabajando. Tenía que cuidar a una monjita que estaba muy mayor. Me pasé a vivir al convento y empecé a cuidar a la hermana. Me gustaba bañarla, cambiarla, cuidarla, sacarla en silla de ruedas. Creo que en ese entonces descubrí lo que sería mi vocación.

¡Pero no! No es que quise ser monja, me lo propusieron, pero no. Mientras leía los libros que me

dieron, no podía dejar de pensar en ricitos de oro. Mi amiga Amelia sí se quedó en el convento para hacerse monja. Un día me contó que después de hacer los votos la mandarían a Costa Rica. Amelia había sido mi mejor amiga.

En ese tiempo, me gustaban los domingos. Descubrí que a la misa a la que iba, llegaba también el muchacho que me gustaba. Una vez me preguntó que hasta cuándo me iba a quedar en el convento. Le dije que me daba miedo salir si no tenía otro trabajo, pero él me dijo que estando allí encerrada nunca lo iba a conseguir.

El miedo a volar

En realidad, mi miedo era enfrentarme a todo lo que estaba viviendo mi hermana, porque si yo volvía a la casa de mamá, me iban a poner a mí a hacer las cosas que no me gustaban. Fue entonces cuando se murió la monja y ya no pudieron darme otro trabajo en el convento. ¿Qué iba a ser de mí ahora? Yo me decía: Tengo que salir a volar. Y eso me aterraba.

Le pedí a mamá que me viniera a buscar porque yo no sabía moverme sola en la ciudad. Cuando vi la casita en la montaña, sentí que mi mundo se derrumbaba. Le tenía miedo a mamá, le tenía miedo a la guerrilla, a la montaña, odiaba ordeñar las vacas. Yo sabía que no iba a ser feliz ahí.

Mamá me preguntó que qué iba a ser de mi vida, me dijo que tenía que trabajar. Por suerte, una fábrica acababa de instalarse en las cercanías. La idea de trabajar me gustó. Al final me contrataron en esa fábrica, fue mi primer trabajo en serio, con seguro y todo.

Yo trabajaba en serigrafía, que quedaba en la parte de arriba, desde abajo nos pasaban los envases para ponerles las etiquetas. Había un muchacho que me





hacía ojitos y me mandaba frutas entre los envases, un banano, una manzana. Un día me puse una pañoleta en el cabello, y él me dijo que me veía linda. A mí me fue gustando lo que me decía. Se llamaba Gustavo.

Una tarde, me esperó en la parada del bus. Venía con un regalo porque era mi cumpleaños. Yo estaba muy afligida porque no sabía cómo iba a esconder ese regalo. Cuando llegué a la casa y mamá me preguntó, le dije que me lo había dado una amiga, pero olvidé esconder la tarjeta y mamá la vio. Recuerdo que me agarró del pelo y me golpeó la cara. “Yo no te mandé a buscar marido, sino a trabajar”. Le dije que estaba cumpliendo 20 años, que podía tener un novio, pero ella me decía que no. Yo le contesté mal y ella me pegó con un alambre, hasta dejarme las piernas sangrando. Mi abuela vino a defenderme y a mamá le dio vergüenza que me vieran llegar al trabajo con las piernas así. Entonces trató de curarme.

Pero esa noche, ya tarde, agarré una cartera y me fui. No tenía a donde ir, me sentía perdida y solo se me ocurrió ir a buscar al Gustavo. Él vivía solo porque su familia estaba en Estados Unidos. Le toqué la puerta y le expliqué lo que había pasado. Yo creí que iba a estar protegida y esa misma noche me acosté con él. Quedé embarazada. Ni siquiera pudimos ser novios, nunca tuve un novio, sólo él.

Volví a casa al día siguiente, pero mamá estaba enojada. Entonces me fui a vivir con mi abuela que quedaba a la par. Mi abuela me comprendía, me decía que ya yo era una mujer. Mamá nunca lo entendió.

Yo sentía cosas raras en mi cuerpo. Fue Gustavo el que me dijo podría estar embarazada. Cuando lo confirmé sentí que me hundía porque, con todo, yo era muy niña.

Hoy siento que Gustavo se aprovechó de mí, porque yo lo busqué esa noche porque necesitaba ayuda.

Cuando le pregunté que qué íbamos a hacer, me dijo que me tenía que ir a vivir a su casa, pero me advirtió que no me ilusionara, porque yo no era su tipo de mujer. Su familia vivía en Estados Unidos y se creían muy importantes. Igual me dijo que no podía dejar de trabajar, porque necesitaba ese dinero para criar al niño. “Ojalá que sea un varón”, dijo, lo recuerdo todavía.

A todo esto era a lo que yo le tenía miedo. Por eso no quería salir del colegio de mojas.

A comportarme como mujer

Nació mi bebé, le puse Juan. Mamá venía vernos. En esa época como que se preocupaba por mí. Pero no sabía que el que debía ser mi compañero tomaba y me golpeaba.

Yo renuncié al trabajo porque no podía con todo. Con el bebé y con la casa me enredaba mucho. Me acuerdo una vez que Gustavo me pidió que le cocinara frijoles blancos, pero yo no podía, no sabía, en el colegio no nos enseñaron eso. Y me golpeó otra vez, me golpeó en la cara. Tantos golpes: mamá me castigaba, Gustavo me castigaba. Yo quería dejar de sufrir, pero no sabía cómo. Siempre había escuchado que si una mujer quería marido, tenía que quedarse con él.

Me quedé, embarazada otra vez, de mi hija Marcela. Yo lloraba porque sentía que era un error y me daba miedo que algo saliera mal, pasé ese embarazo con mucho miedo.

Durante el embarazo, Gustavo me cuidaba, al menos en apariencia. Una vez le pedí que no se pusiera loción porque no soportaba el aroma y se enojó. Me dijo que yo era una celosa y cuando le reclamé, me amenazó: “Si no te comportás como mujer, ya verás lo que te va a pasar”. Luego se fue a la calle a tomar.





Cuando regresó, borracho, me preguntó si ya me había contentado. Le dije que no, porque él siempre me trataba mal, que él sabía que yo solo con él había estado pero igual me trataba mal. Él me dijo que eso no le importaba, me agarró del pelo y me violó. Yo estaba embarazada. Me encerró, me golpeó, me dejó la cara morada. Mi pequeño Juan lloraba. “No le pegués a mamá, no le pegues a mamá” decía, entonces Gustavo lo encerró en un armario.

Al día siguiente, me dijo que fuera al mercado a comprar carne, porque quería sopa. Yo no quería salir, así toda golpeada, pero me obligó. En el mercado una vecina me preguntó qué me había pasado. Yo le dije que me había caído. “No mamita, ese hombre te está golpeando. ¿Por qué no te vas? Hace algo por tu vida”. “No puedo” le dije yo, “porque estoy embarazada”.

La noticia de mis golpes llegó a mi mamá y esa misma noche llegó a buscarme. Mi suegra también estaba ahí porque había llegado de Estados Unidos, pero a ella no le importaba que él me pegara, ella decía que así me hacía mujer.

Mi mamá me pidió que saliera, que me fuera a casa con ella, pero yo sentía que no me podía ir. “No puedo irme con vos mamá, estoy embarazada”, entonces mamá me dijo que eso no era motivo, que yo podría criar sola a la bebé, y entonces me empoderé. Gustavo me amenazó: “Si te vas, que sea para siempre”. Yo le dije “igual me voy”.

Todo se puso peor, Gustavo me agarró del brazo y me llevaba para adentro, mi hijito, que estaba encerrado, lloraba. Mi mamá quiso defenderme, pero él también le pegó y ella se defendió. Entonces mi suegra agarró un bate y empezó a golpear a mi mamá. Mientras sucedía todo esto, alguien llamó a la policía y cuando llegó yo estaba sangrando, pensaba que se me iba a venir la bebé. La policía me llevó al hospital junto a mi madre y mi hijo. A Gustavo se lo llevaron preso.

Estuve tres días internada en el hospital porque tuve varias amenazas de aborto. Al salir, me fui a vivir de nuevo con mamá.

Al mes llegó Gustavo a pedirme que le diera al niño pero se lo negué. Donde nosotros vivíamos era peligroso, entonces mis tíos, que estaban muy enojados, lo amenazaron y solo así dejó de ir a buscarnos.

Cuando iba a nacer Marcela, lo llamé y nos encontramos en Hospital. Me preguntó que si volvía con él. Le dije que no, que ya había tomado una decisión y cada uno se quedaría con su madre. Me pidió entonces que le diera al niño y me dejara yo a la bebé. Por supuesto que le dije que no. Yo estaba dispuesta a criarlos sola. Años después, él se fue para Estados Unidos. Fue lo mejor.

En el 2001 me metí en los comandos de salvamento de mi país. Eso me gustaba porque podía ayudar a las personas. Además me distraía de todo lo que estaba pasando.

La tigrita

Una tarde llegaron unas tías a la casa. Me saludaron “Hola tigrita”, yo no entendía por qué y me dijeron que ese era el apodo de mi verdadero papá. Fue otro trauma para mí. No pregunté nada más ese día, pero una semana después confronté a mi mamá. Por respuesta ella sólo me pegó. Me dijo que no tenía por qué preguntar nada sobre su vida, que no me metiera y que si quería saber, le preguntara a mis tías. Ellas fueron las que me contaron. Mi verdadero papá se llamaba Roberto, “el tigre”, era un finquero que tenía plata.

Mis tías me dijeron que lo buscara, así que fui a hacerlo. Cuando lo encontré, dije quién era yo. El





señor se alegró, me quiso abrazar pero yo lo alejé. Él me contó que había estado enamorado de mamá, que quiso apoyarla conmigo, pero ella no lo dejó. Me dijo que quería hablar con mamá, conocer a mis hijos y ayudarnos.

Tiempo después, llegó la noticia a la casa de que Roberto llamaba a mamá. Estaba muriendo y quería verla. Esa vez me llevó con ella, por el camino poco a poco me contó la verdad. Cuando llegamos a la gran casa, donde estaba toda la familia, sus otros hijos, yo me sentía fatal. Antes de morir, el Tigre se ofreció dejarme algo, pero le dije que no. Nada le quise aceptar.

Yo no entendía esos golpes de la vida. Me había pasado los años tratando de hacerme querer por el que siempre creí que era mi papá. A pesar de sus maltratos, yo sentía que le debía la gratitud de haberme criado. Todavía lloraba recordando que se lo habían llevado. Fue durante el tiempo en que yo estaba en el colegio. Unos hombres se lo llevaron, no supe bien si de la guerrilla o del ejército. No lo volvimos a ver. Era quizá el año 85 u 86.

La guerra después de la guerra

El tiempo siguió pasando, la guerra en mi país fue quedando atrás. Mis hijos crecían, iban a la escuela. Yo vivía con mamá y tenía algo de paz. Trabajaba y compraba lo necesario. No me di cuenta que el barrio estaba cambiando, incluso la montaña donde vivíamos, se empezó a rodear de maras.

Todo había empezado después del terremoto. Como mucha gente en la capital y en las cabezas de municipio se había quedado sin casa, la alcaldesa de mi pueblo permitió que en la cancha del pueblo se utilizara para armar “champas”, que es como le llamamos a las casas de cartón y latas. Tugurios, les

dicen en Costa Rica. Y así fueron llegando personas de otros lugares y se empezaron a hacer grupos de maras.

Perdimos la paz. Las pandillas empezaron a controlar quién subía a los pasajes y quién bajaba. Se robaban las cosechas. Pero lo más peligroso quizá es que trataban de reclutar a los muchachos. A mí me tenían cierto respeto porque trabajaba en los comandos de salvamento, pero sabía que a mi niño le tenían el ojo puesto; solo estaban esperando que creciera un poco más.

Yo tenía una prima, Rebeca. Ella era jovencita y era mamá soltera. Iba a un grupo comunal que se reunía en territorio de una mara. Así fue como un marero se obsesionó con ella. Decía que ella iba a ser su mujer, la acosaba, la seguía. Yo le pedía que no fuera a la iglesia, que se cuidara. Hasta que en algún momento, el tipo la amenazó, o se iba con él o la mataba. Rebe tenía dos niñas pequeñas y aceptó. Allí empezó todo el terror. La película fea de nuestras vidas.

Rebe y Edwin se construyeron una casita al lado de la mía. Yo nunca supe cómo él conseguía dinero, pero tenía. Cambiaba de carros, compraba montones de cosas.

Un día, yo iba a tomar café con una amiga cuando sentí que me seguían. Eran policías. Me pararon y me enseñaron la foto del marido de mi prima. Yo negué conocerlo. Le conté a Rebeca, que en ese momento andaba en el mercado y se asustó. Minutos después la policía la detuvo a ella.

Yo estaba con mi amiga cuando me llamaron para decirme que había un gran escándalo en la casa. La policía había llegado a buscar a Edwin. Lo acusaban de tener secuestrado a un niño. Yo estaba muy asustada. La policía me tenía vigilada, mamá estaba en la montaña.





Cuando llegué a la casa, la policía había agarrado al tipo. Lo estaban torturando para que confesara donde tenía al niño secuestrado. Registraron la casa y encontraron armas. Ni mamá, ni yo, ni nadie se imaginaba la magnitud de lo que estaba pasando. Rebe no hablaba, porque si decía algo la mataban a ella y a sus niñas. Ella estaba embarazada del marero.

Al día siguiente salió toda la historia en las noticias. Al marero lo buscaba la interpol, el niño secuestrado era extranjero, norteamericano. La mara estaba pidiendo rescate y el niño estuvo escondido en la montaña. Mis hijos vivieron todo ese episodio escondidos debajo de la cama.

La verdad, yo a Edwin siempre le tuve miedo. Me daba terror que violara a Marce. Se pasaba diciendo que estaba poniéndose muy bonita. Ahora él está preso.

Pero la vida dejó de ser vida para nosotros. Mi hermana mayor vivía en ese entonces en Nueva York. Dijo que quería llevarse a Rebeca, pero a nosotros nos daba mucho miedo porque ahora ella le tenía un hijo al marero. Al final, se fueron por tierra. Rebeca, sus hijos y la otra familiar.

Los mareros igual se enteraron y los persiguieron. El marido de mi otra sobrina tuvo que dejar el carro en que iban en algún punto de Honduras, tuvieron que esconderse, pero lograron llegar. Haberse llevado al niño fue como una afrenta para el pandillero. Y por ello, justo cuando Rebe se puso a salvo, empezó para nosotros el calvario.

El camino del dolor y el miedo

Los tipos de la pandilla de Edwin empezaron a acosar a mamá. Subían a buscarla a la montaña, la vigilaban. Yo vivía con miedo. Una mañana, precisamente de un lunes, recibí una llamada de mi hermana Betty, desde

Nueva York. Me pidió que hiciera todo lo posible por regresar a la casa. Yo tenía una reunión, y turno por la tarde. Pero ella estaba angustiada, me pidió que buscara a mis hijos y me fuera para la casa. Me preguntó por mamá, le dije que estaba en la montaña.

Betty me contó que Edwin la había llamado. Desde la cárcel, la llamó para decirle que ese día le iba a dar un regalito, un regalito tenía que ver con lo que querían más.

Una hora después me llamó otra hermana. Me pidió que volviera cuanto antes porque a mamá le había pasado algo. Hice el viaje de regreso con el corazón en la mano. Al llegar subí corriendo la montaña, me quité los zapatos y corrí. Entonces vi al perro de mamá con el hocico todo ensangrentado. Supe que había pasado algo muy malo y me puse a gritar.

Desde antes había llamado a la ambulancia, pensando que tal vez se trataba de un ataque cardíaco o un accidente. Pero no, cuando llegué arriba del cerro, allí estaban ya mis otros hermanos. Y vi a mamá, tirada boca abajo. Mi cuñada Blanca también estaba ahí, había subido con mamá y sus dos niños y a ellos también los habían atacado. A los niños los amarraron a unos árboles, a Blanca la violaron. Cuando pudo escapar, bajó a avisar lo que había pasado. Cuando subieron, mamá estaba muerta.

Recuerdo perfectamente ver su cuerpo, boca abajo. El color de sus uñas me indicaba que estaba muerta, pero mi hermano me pedía que le tocara las manos. Yo quería darle vuelta, pero sabía que no podía. Luego llegó un policía solo. Eso me pareció muy raro.

Yo tenía dos teléfonos, uno del trabajo y otro personal. Por ese número recibí una llamada. Un amigo me dijo que la noticia ya circulaba. Pero lo que me dijo después me asustó más. "Itzel" -me dijo-, "no digas ni hagas nada. El asesino todavía está allí."





El policía me dijo que me hiciera cargo del cuerpo, porque el resto de mis hermanos lloraban y gritaban. Pusó la cinta alrededor del terreno y vi que con su bota trataba de enterrar algo. Cuando vio que lo miraba se movió. Estaba tratando de enterrar una bala.

Mis compañeros de comando bajaron a mamá. Ya eran como las 5:30 de aquel lunes. Los fiscales no quisieron subir, les daba miedo entrar a la montaña, pero me dieron permiso para moverla. Por fin pude voltear su cuerpo. Vi que tenía un hoyo en la frente.

Más tarde me tocó ver su cuerpo en la morgue. Verla ahí desnuda me destrozó. Tenía piedritas en las rodillas, porque la tuvieron hincada. Tenía cuatro balazos, uno en la mano, cuando trató de protegerse.

Betty volvió llamar desde Nueva York. Cuando le contamos, se desmayó. Le dio un derrame. A mi abuela no pudimos decirle la verdad. Hasta el día de hoy ella cree que mamá se cayó en la montaña. La mentira que le dijimos me pesa en el alma.

El regalo de las maras

Cuando miro atrás ese momento recuerdo cosas, detalles. Por ejemplo, se supone que las maras controlaban la entrada a la montaña. Nadie subía sin su permiso. ¿Cómo fue que dejaron llegar al policía? ¿No se supone que ellos cuidaban?

Después llegaron a ofrecer ayuda. La noche de la vela, tuvieron el cinismo de llevarnos un tarro con dinero. Tenía el símbolo de la mara y lo habían llenado de monedas. Yo les di las gracias, pero no lo quise tocar. Al día siguiente metí todo aquel dinero en la alcancía de la virgen. Era dinero manchado con la sangre de mamá.

La vela fue en la casa, para que pudiera estar mi abuela. Tuve que pedir permiso para que los pandilleros

dejaran entrar a los vecinos. La enterramos dos días después y el funeral estuvo muy concurrido. En el cementerio vi a un pandillero y lo escuché jactarse de haber cumplido la misión.

Yo no tengo duda de que Edwin fue el que la mandó a matar. Mi hermana siempre se sintió culpable. Todos pensaron que era su culpa, que era culpa de Rebe. Nadie les habla en la familia. Solo yo. Pienso que a Rebe le pasaba con Edwin lo mismo que a mí con Gustavo

Días después, empecé a pensar en irme del país. Pero la abuela me dijo que la tenía que cuidar. Eso me detuvo por seis meses. Hasta que un día fui a una misa en mi viejo internado.

Una salida en medio de la oscuridad

En el convento, las monjas sabían lo que me había pasado. Habían visto las noticias. Allí estaba también mi amiga querida, Amelia. Ella fue la que me habló del refugio. Me contó que trabajaba con una organización que atendía víctimas de trata en Panamá, en Costa Rica y en México, me dijo que me podían ayudar. ¿Qué pensás? ¿No querés salir de ese lugar? El día que Amelia me hizo la propuesta era domingo.

Era justamente lo que yo le venía pidiendo a Dios. Marce acababa de graduarse, pero Juan había tenido que abandonar el colegio, porque las maras lo querían reclutar. Se pasaba encerrado, eso no era vida para él.

Le dije a mi amiga que lo iba a pensar. Ella me avisó que no tenía mucho tiempo. A más tardar el viernes tendría que salir. Nos despedimos y me fui con aquella pesada carga para la casa, no tenía a nadie con quien hablar. No quería dejar a mi abuela, pero tenía que salir por mis hijos. Y así lo decidí.





A mis hijos no les dije para dónde nos íbamos, la verdad, yo no lo sabía muy bien. Juan creyó que a Estados Unidos donde vivía su papá, yo no le pude decir que no. Le confirmé a Amelia. Fue un miércoles cuando le dije que sí y el jueves teníamos los boletos.

Aún no sabía cómo iba a salir sin que las maras se enteraran. Nuevamente, a la abuela tampoco le pude decir la verdad. Le dije que las hermanas donde yo había estado internada me habían invitado a verlas y que me llevaba a mis hijos. Le dije que no sabía cuánto tiempo me iba a quedar. Mi abuela me abrazó y me dijo que estaba bien, nos echó la bendición. Ella sabía que a Juan lo estaban acosando, quizá de alguna manera ella sabía la verdad. Pero yo le prometí que iba a volver por ella. Aún le debo la promesa.

A mis jefes les pedí que me mandaran una ambulancia en la noche, y así salimos los tres. A las dos de la mañana. No me traje nada. Dos mudadas cada uno. Salimos huyendo. Dejé todo, todo, todo. A mi hermana menor le dije “no preguntés a donde voy”.

Y así llegamos al aeropuerto. No dejábamos de llorar. Mi hija lloraba porque dejaba al novio y no se había podido despedir. Cuando llegamos a Costa Rica, nos estaban esperando tres monjas que nos llevaron a un albergue.

Una habitación llena de dolor

Estuvimos seis meses en el albergue. Encerrados. Si esas paredes les contaran lo que nos vieron llorar. Yo sentía que me moría de llorar y llorar todos los días. Marce quería regresarse, Juan me reclamaba: “usted me engañó”. Todavía hoy me reclama.

Las hermanas nos decían que saliéramos, pero no queríamos salir, solo llorar. Una de las hermanas nos llevó a Migración para decidiéramos si nos íbamos para

Estados Unidos o nos regresábamos a El Salvador, pero que así no podíamos seguir.

En Migración me atendieron bien. A mis hijos les dijeron que no lloraran más y les explicaron que podíamos aplicar al refugio. Pero nos dijeron que con refugio no podríamos salir. Marce no quería esa opción, ella quería volver pronto a ver a su novio. Juan se puso rebelde, insistía en que no iba a firmar. Yo no sabía qué hacer y nos regresamos al albergue.

Hablé con ellos toda la noche. Les expliqué, son solo 5 años los que nos tendríamos que quedar acá. Amelia nos recordó que no teníamos que quedarnos encerrados, que podíamos salir, que teníamos que salir.

Fuimos a Migración al día siguiente. Nos dijeron: “decídanse ya”. Juan se puso a llorar. Yo no aguanté y se los dije. “Si quieren se regresan ustedes, yo me voy a quedar”. Los dos eran adultos, tenían que tomar sus propias decisiones. Firmamos los tres.

Y después, aun viviendo con las monjas, empezamos a salir, a conocer San José. A Marce la ayudaron con una beca para que entrara a estudiar inglés. Luego nos pasamos a un apartamento en Guadalupe. Yo trabajaba en el convento y tratamos de organizarnos la vida en este nuevo país.

En ese tiempo Marce como que se soltó. Se desahogó, pero lo hizo mal. Se había enamorado de un muchacho que hacía circo en los semáforos. Yo veía a mi hija rara, pero ella me rechazaba si le quería hablar.

Y volvió el miedo a morder

Salir del albergue me volvió a provocar mis terrores de niña. Recordé cuando me tuve que ir del internado y aunque había pasado por tantas cosas, volví a tener miedo de volar. Me daba terror aquel pequeño





apartamento donde tenía que vivir sola con mis hijos, me aterraba pensar que las maras me vinieran a buscar. ¡Todo me daba miedo!

Juan también hacía varios cursos en el día y volvió al colegio, a uno nocturno. Pero yo lo veía sufrir y me angustiaba. Una noche que discutimos, me dijo que se iba de casa y salió. A las pocas horas lo vino a dejar la policía. Lo encontraron vagando y él les contó su historia. “Ayúdelo” me dijo el policía, “es un buen muchacho”. Las cosas para él no han sido fáciles.

Tampoco lo eran para Marce, que se estaba metiendo en problemas. Fue muy duro ver que ella andaba con malas compañías. Le busqué una psicóloga pero no quiso ir. La psicóloga me dijo que no me angustiara tanto, que aceptara que ella estaba grande y me tranquilizó diciéndome que ese grupo de jóvenes tampoco era una mara. Poco después, mi hija se fue con ese novio a vender artesanía a una zona de playa. Juan y yo nos pasamos a un lugar más pequeño.

Tiempo después conocí a un muchacho, el hijo de una señora de la iglesia. Yo estaba tan frágil, tan débil; y este hombre me trataba bien, me sacaba a pasear. Cuando Juan lo conoció lo miró fijo y le hizo una advertencia: “cuidado se te ocurre pegarle a mi mamá”. Un año duré con él, me trataba bien pero tenía sus cosas. Era bastante mentiroso y tenía muchos problemas con su mamá. También me reclamaba que yo lloraba mucho. Un día le dije que me sentía enferma y me respondió que eso no le importaba. Me dijo que estaba aburrido porque yo solo lloraba y lloraba.

Hoy reconozco que me ayudó mucho, que me dio fuerzas para seguir. Pero también reconozco que yo supe decidir cuándo terminarle. No iba a permitir que nunca más ningún hombre me volviera a tratar mal.

Hace poco, Marcela volvió de Guanacaste contándome

que estaba embarazada. Venía con anemia, con las uñas rotas, toda desgredada. Yo la recibí, la cuidé. Conmigo pasó todo el embarazo. Ella cambió bastante. Luego su novio apareció. Me asusté al verlo, se me pareció a un marero. Se lo dije y creo que él le llegó el mensaje, porque empezó a cambiar. Ahora los dos son más maduros. A mi hija, la maternidad la ha cambiado para bien.

El proceso de adaptación para nosotros no ha sido nada fácil. Juan está conmigo. Marce tiene su pequeña familia. Me ha costado conseguir un trabajo que me pague bien. Tengo problemas de salud y necesito seguro, pero no me quieren asegurar. Trabajo mucho, pero apenas salimos con los gastos. Más de una vez he tenido que recurrir a alguna amiga que me quiera prestar. A mi hijo también le ha costado conseguir trabajo.

Pero hemos ido aprendiendo poco a poco a disfrutar de este país, de la paz que nos da. Aquí me vinculé con una organización humanitaria y ya terminé todos los cursos como voluntaria. Eso me hace bien, es parte de mi identidad. Trabajo cuidando personas mayores y me gustaría que mis hijos pudieran estudiar. Quiero que mi nieta crezca segura y libre.

Me gusta ir a misa los domingos, o salir a pasear. Tomar un bus, conocer un lugar nuevo. Una vez fuimos a Zarcero, creo que es el lugar que más me ha gustado, los jardines del parque, la neblina, los quesos. Quiero disfrutar el tiempo en este país y poco a poco liberar mi pasado, dejar de llorar tanto, perder el miedo. Los lunes siguen siendo blancos, pero yo estoy aprendiendo a sanar.



RETRATO

Milagro



Milagro fue su nombre en este viaje al pasado. Una mujer de mirada firme y voz fuerte; sin duda una mujer decidida y segura. Hoy, con certeza infranqueable y la plena conciencia del contenido de sus palabras, Milagro se presenta a sí misma como feminista. Ella es una clara representación de lo que es el feminismo. Ha vivido en carne propia la desigualdad, la violencia y la discriminación, sabe reconocer cuando violan sus derechos, sabe que tiene derechos y está dispuesta a defenderlos.

Milagro es tan auténtica y honesta como sus posiciones, su fortaleza no le permite no cuestionarse las situaciones y las razones, incluso las propias. “¿Será que soy mala?” se preguntaba ella a veces, otras veces incluso lo afirmaba: “soy fría, soy dura. La vida me ha hecho así”. Sin embargo, no es ni fría ni dura, es fuerte, es una sobreviviente, y es también crítica, pero la vida juzga a las mujeres fuertes en lugar de llamarles por lo que son: lideresas.

Aprendemos mucho al lado de mujeres como Milagro. Yo misma pude encontrar esas trampas en mis conceptos, ¿es acaso que las mujeres tenemos que ser siempre

y solamente dulces y sensibles, pensar primero en el marido, en la descendencia; en la familia? La filósofa española Amelia Valcárcel reclama para nosotras las mujeres el derecho a la maldad. No se trata de hacer daño ni de lastimar a nada ni a nadie, sino más de atrevernos a ser, al menos de vez en cuando, la mala de alguna historia -la que va contra corriente- si eso nos hace bien. Porque al final de cuentas, para las mujeres, pensar en nosotras mismas se entiende aún como un tipo de maldad, egoísmo.

Milagro llegó mostrándonos su piel de madera bruniada, sus pasos firmes, las palabras claras y directas con las que analiza las situaciones de su entorno, pero reservándose las más duras para juzgarse a sí misma.

Las mujeres somos muchas cosas a la vez. Detrás de sus inolvidables y brillantes ojos tristes, Milagro es fuerte y sólida, sí, pero también es dulce y solidaria; sobre todo sororaria, que es un tipo de solidaridad aún más difícil de encontrar.

Milagro será siempre una mujer arbórea, a veces roble, a veces bambú; será lo que ella a cada paso decida ser.



“

**Tengo nuevos
compañeros,
tengo una
idea distinta
de libertad.
Descubrí el
amor a mí
misma, mis
ganas de vivir
y luchar. Veo
a mis hijas
haciendo sus
vidas y pienso
entonces que
todo pasa
para bien.**

”



Milagro (1971)

Soy una mujer guerrera que descubrió sus fortalezas en las duras batallas que tuvo que librar. Y así voy, luchando cada día por ser feliz en esta nueva patria que me acogió.

MILAGRO

¿Cuándo aquí he **bailado**?

Cuando una sale de su país, viene con dos maletas: en una carga los sueños; en otra, la incertidumbre. La maleta de los sueños aún no la he desempacado. Aquí no soy la que yo era. Allá yo era feliz. Sin embargo, estoy aprendiendo a soltar mi pasado.





Nací en San Salvador un 23 de abril de 1971, hija de madre y padre comerciantes. Tengo dos hermanos menores, un hombre y una mujer. La verdad, es poco lo que recuerdo de mi infancia y aun así creo que en mis primeros años de vida tuve una niñez bonita. Antes de que yo naciera, mis padres habían sufrido la pérdida de un bebé de menos de un año, pero creo que mi llegada los hizo felices ante ese inmenso dolor.

Fui parte de una familia extensa. Conviví con muchos primos y primas con los que pasaba momentos muy agradables. También viví situaciones muy dolorosas, como por ejemplo la vez que mi padre me prometió una gran fiesta para mi primera comunión y antes de que esto sucediera, él falleció. A los siete años me cambió la vida por completo, ya que él lo era todo para mí. Era mi cómplice, me consentía. Aunque él no vivía con nosotros, yo sentía su amor y sus atenciones, en cada visita me llevaba regalos y todos esos detalles me alegraban.

Mi madre era muy diferente en todo. En ese momento me dijo que no podría hacer mi primera comunión por falta de dinero, así que una tía muy querida me apoyó y un día de diciembre pude hacerla. Lo recuerdo como un día muy especial.

Con la muerte de mi padre, sufrí un cambio muy grande, solo me quedaba mi abuelita Paca, como la llamábamos de cariño, pues su nombre era Francisca. Ella era la que nos cuidaba. Pasábamos la mayoría del tiempo en su casa, ya que mi mamá trabajaba todo el día en el mercado.

Me costó mucho aceptar la muerte de mi papá, tanto que los 9 años sufrí una crisis. No deseaba vivir. Pasé como tres meses sin uso de razón, perdí mi grado escolar. Mi mente se bloqueó, por eso no tengo recuerdos de ese tiempo. Quizá fue como una barrera inconsciente para no reconocer que ya no tenía a mi papá.

Desde entonces, mi vida dio un giro muy grande, los años pasaban y ya no había nadie que se preocupara por mí ni que me diera el cariño que papá me daba. Estaba mi abuela materna, que era la madre que todo niño quiere tener, nuestra guardiana, pero el 3 de octubre de 1981 falleció. Yo tenía 10 años.

Pérdidas y golpes

Con la muerte de mi abuela, se iba otro amor grande para mí. Mis hermanos y yo tuvimos que irnos a vivir con mi madre, ya que ella no vivía en la casa de la abuela porque tenía una nueva pareja. Ella vivía en una colonia pobre, en San Salvador.

Cuando mamá empezó a salir con él, mi abuela la había corrido de la casa, porque algunas noches no llegaba a dormir ni se hacía responsable de nosotros y eso mi abuela no lo permitía. En esos tiempos, las señoras eran muy estrictas.

Para mí, convivir con la nueva pareja de mamá no era nada fácil. Por ser yo la mayor, me costaba más aceptar la situación que estaba viviendo. A ese hombre yo no lo quería y eso me ocasionó problemas con mi mamá.

Mi etapa de adolescente fue muy difícil, me busqué muchos problemas, escuché muchas palabras hirientes de parte de mi madre: “viví tu vida”, “dejáme en paz”, “endámate” y otras más.

Cuando cumplí 14 años tuve que abandonar mis estudios ya que mi madre me dijo que no podía seguir ayudándome, por eso, mi nivel escolar llegó hasta séptimo grado. Nunca más volví a estudiar, después de eso, me tocó trabajar con ella en el puesto del mercado y contribuir con los gastos de la casa.





A los 16 años conocí al que hoy en día es mi esposo y a los 17 años tuve a mi primera hija. En esos primeros años, la relación con Juan, mi esposo, dio inicio a otra etapa muy dura. Él tomaba licor y me agredía física y psicológicamente. Incluso llegó a pegarme cuando estaba embarazada.

No sé movido por qué intenciones, mi cuñado le había dicho a Juan que me había visto con otro muchacho y mi esposo se obsesionó pensando en que el embarazo no era de él. Yo tenía apenas 17 años y me tocó vivir una noche de terror. Mi cuñado me acusaba, mi marido le creía. Los ojos de todo el mundo estaban sobre mí y mi palabra no tenía ningún valor. De ese tiempo, algo que me lastimó muchísimo es que mi propia mamá no me creyó y también me maltrataba con sus palabras. Pasé todo el embarazo sufriendo, incomprendida, juzgada; sola. Había días enteros en que casi no comía. No sé cómo sobreviví, pero sobrevivimos ambas, mi hija y yo.

Empoderarme y crecer

Toda la violencia que viví en esa etapa me llevó a buscar apoyo en los grupos feministas. Inicié con una organización que lleva el nombre de una mujer, a todas nos llamaban como a ella. Me empoderé y me formé como lideresa y comenzó otra etapa, quizá la más feliz de mi vida. Compartir con otras mujeres nuestras experiencias me hizo más fuerte y me enseñó a confiar, cambió también mi forma de pensar.

Me ofrecieron un trabajo temporal para cubrir un interinato, pero gracias a mi esfuerzo me quedé con la plaza. Laboré por siete años y después renuncié y volví a la Asociación, que para ese entonces era socia de la Unión de Mujeres y estaba recibiendo capacitaciones en muchos temas.

Tuve la oportunidad de recibir un diplomado en comercialización, muy completo y útil.

En la Unión se pensó en apoyar a las mujeres no solo para que conociéramos nuestros derechos sino también ayudándonos a reconocer nuestro enorme potencial para construir nuestros sueños. Así fue como las socias nos fuimos formando en diferentes talleres. A mí me llamó mucho la atención el área de terapias naturales, recibí cursos para aprender a hacer velas aromáticas, aceites corporales; y también otros para hacer piñatas y manualidades. Gracias a esta capacitación, en la Asociación tuvimos la oportunidad de poner una clínica de bienestar corporal.

La Unión de Mujeres, pensando en apoyar a las asociaciones, nos animó a formar una cooperativa. A través de ella obtuvimos apoyo en comercialización, la Primera Dama de entonces, doña Vanda Pignato, hizo las gestiones para poner una tienda en el aeropuerto internacional de El Salvador y así fue como nuestros productos se potenciaron, y mi vida dio un giro positivo muy grande.

Me convertí en una de las vendedoras de la tienda. Tenía muchas clientas que se hicieron mis amigas, era mucho más independiente y me sentía a gusto en esa tienda tan diferente, que me llenaba de orgullo. Yo conocía la historia de cada asociación y sus iniciativas, sabía el esfuerzo detrás de cada producto que se vendía.

La tienda se inauguró el 10 de octubre de 2010 y trabajé allí hasta que me tocó salir definitivamente de mi país. Dejar ese trabajo que me hacía tan feliz fue la decisión más dura,. ¡Disfruté tanto cada turno que me tocaba! Fue una experiencia muy bonita y aprendí que era posible tener jefas gentiles y recibir un trato digno.





Buscando una vida mejor

Yo seguía viviendo en la misma comunidad empobrecida en San Salvador a la que me llevó mi madre. Allí nacieron mis cuatro hijos, pero yo no quería que crecieran allí, especialmente las niñas. En estas comunidades, las niñas se emparejan muy temprano, como me pasó a mí. Jovencitas se van a vivir con un hombre, tienen hijos, se truncan sus sueños y ya no pueden estudiar. Tampoco me gustaba, porque en otros lugares discriminan a la gente que vive en esas comunidades, nos juzgan a todos igual.

Hicimos un gran esfuerzo y sacamos \$3000 para la prima de un apartamento en otra colonia. Cuando nos mudamos yo estaba feliz. Era un lugar bonito, mis hijas y mi hijo se podían manejar solos, iban y volvían de la escuela por su cuenta porque yo trabajaba en el aeropuerto. Sólo teníamos que pagar para que nos cuidaran a la más pequeña, que tenía 3 años.

Era una colonia muy tranquila y ahí se hicieron de buenos amigos. Yo los llamaba cuando calculaba que ya estaban en la casa. A mi hijo le gustaba mucho el fútbol y estaba hasta en tres equipos en el colegio y en el barrio. Eso fue en el año 2000; vivimos tranquilos hasta el 2010.

Cuando la violencia empezó a cercarnos

En el 2011 mi hija mayor se fue para Estados Unidos. Desde allá me preguntó en qué podía colaborar. Yo le pedí que me ayudara a pagar la educación de su hermano y ella lo hizo. Cuando pienso en su esfuerzo, se me rompe el corazón. A cargo de su hermana, mi único hijo varón empezó a estudiar en un colegio privado. Es triste, pero en El Salvador, las escuelitas públicas no sirven de nada.

Mi hija mayor le pagaba clases de manejo y un día un pandillero lo obligó a parar. Él sólo escuchó cuando le quitaron el seguro de una pistola. Le preguntó de dónde era y lo empezó a insultar, le exigió que se fuera, que no volviera a la colonia. El pandillero no sabía que mi hijo vivía ahí mismo, que estaban muy cerca de nuestra casa.

Mi hijo tenía mucho miedo porque sentía que lo iban a matar. El decidió no contarme porque temía que los confrontara. En aquel momento yo no tenía idea de qué eran las pandillas ni percibía que el barrio se nos iba volviendo tan peligroso.

Mi hijo dejó de salir, no volvió más a los equipos de futbol, dejó a sus amigos del colegio. Cuando le pregunté qué pasaba, me comentó por fin que pasaban cosas que ya no le gustan y me habló de las maras.

Un día nos encontramos al mismo pandillero que lo amenazó. Ya mi hija menor me había contado la situación y mi hijo lo reconoció. Yo le fui a reclamar y el hombre empezó a huir, yo lo seguí hasta un lugar donde estaban varios pandilleros. No tenía miedo, estaba defendiendo a mi hijo. “Vení”, le dije, “quiero hablar con vos”. Salió el jefe de los pandilleros y me preguntó qué pasaba. En ese momento reconocí a varios de los amigos de mi hijo, pero ya no eran sus amigos. Si el jefe les decía que lo mataran, ellos tenían que obedecer.

Como yo no tenía idea de cómo funcionaban las pandillas, le expliqué todo al jefe y le reclamé, le pregunté qué autoridad tenía para amenazar mi hijo. El jefe me dijo que ese muchacho era nuevo y hasta se disculpó. Pero eso implicó después muchas más amenazas. Cuando le conté a mi hija, se escandalizó; ella sabía que lo podían matar.

Esa colonia era muy bonita, incluso vivía gente que trabaja en la televisión, pero los pandilleros la





fueron tomando, se apropiaron de todo. Todas las personas trabajadoras y honestas se fueron de ahí.

Mi hija ahorró diez mil dólares para llevarse a su hermano a los Estados Unidos. Él no se quería ir. Tiempo después me dijo, llorando, que sentía que lo habían arrancado de su familia, esto también me rompe el corazón.

Mi hijo se fue; con la ayuda de un coyote cruzó irregularmente la frontera. Salió a media noche, a escondidas. Duró un mes y medio en llegar a Estados Unidos. Nadie de la familia supo que él se iba a ir.

Después que él se fue, me empezaron a amenazar a mí. No sé cómo se dieron cuenta, pero me exigían \$600 para dejarnos en paz. Le dijeron a mi esposo que ya sabían dónde trabajaba y a qué hora llegaba yo. Por dicha nunca mencionaron a las niñas.

Yo no quise negociar los \$600, porque si pagaba un mes, al otro mes podría ser igual. Empezamos a buscar otra casa. El problema es que no podíamos irnos a cualquier barrio. La colonia donde vivíamos estaba controlada por una de las maras más poderosas y no podíamos llegar simplemente a alguna controlada por sus rivales. Es que, aunque uno no pertenezca a las pandillas, si te cambiás de un barrio a otro, donde están pandillas enemigas, te matan.

Empezamos a averiguar a dónde irnos. El hijo de una amiga nos informó de lugares seguros, había colonias que en la parte alta eran de una pandilla y en la parte baja de otra. Los grafitis a la entrada también te dicen quién manda en el lugar.

Mi niña rebelde

Lejos de aquel barrio yo creía estar a salvo. Era tranquilo, estaba bien ubicado, en el centro y quedaba cerca de todo. La casa era muy bonita y estábamos buscando cómo comprarla.

Me iba a trabajar desde las 4 de la mañana y dejaba a mis hijas pequeñas listas para el colegio. Pero al poco tiempo descubrimos que la menor no estaba yendo a estudiar. Se escapaba y se devolvía a la antigua colonia porque ahí estaban sus amigos. Se había enamorado de un muchacho que era “postero”, un vigía de las maras. Yo lo conocía, sabía que ya estaba bajo amenazas porque su mamá trabajaba en el territorio de una mara contraria.

Una vez, mi hija se extravió por tres días. Tenía 13 años. Con apoyo de las abogadas de la Unión de Mujeres la busqué. La imaginaba muerta, pero la encontré en la casa de este niño.

Por la zona donde estaba, la fuimos a buscar con la policía. Ellos estaban escondidos y nos dijeron que, por haber llegado con la policía, los iban a matar. Los policías sabían que ese muchacho era un pandillero y varias personas me dijeron que lo tenía que cuidar o lo iban a matar.

Yo hice todo lo que pude, lo llevé a vivir a mi casa, hablé con su mamá, le pedí que lo recogiera, que luchara por él, era un buen muchacho. Ella dijo que no, que ya lo había puesto en manos del Señor.

Como él seguía metido en esas cosas, un día lo eché. Mi hija se quiso ir con él, pero cuando llegaron a la colonia, los atraparon. A ella le dijeron que se devolviera con sus papás si no quería que la mataran, y la dejaron marchar.





Ella se fue a buscar a la mamá del muchacho y cuando regresaron, ya no encontraron a nadie. Se lo habían llevado. Entonces, su madre puso una denuncia, sin pensar que al hacerlo ponía en peligro a mi niña. Dijo que mi hija los había visto y los podría reconocer. Por supuesto, los pandilleros se dieron cuenta, la policía llegó a mi casa y comenzó el calvario de la persecución.

Mi hija estaba amenazada, vigilada. Como era menor de edad, y era testigo de un crimen, la policía nos dijo que ella no podía estar sola. Fue así como mi esposo la acompañó siempre. Fueron días difíciles, de mucho temor, yo temía lo peor cada vez que la policía llegaba por mi hija y ella salía con Juan. Tenía miedo de perderlos a los dos.

Hablando con un amigo abogado, me aconsejó que si quería ver viva a mi hija, la sacara del país. En El Salvador no hay seguridad para los testigos y era más que visible que la querrían callar. Mi amigo me dijo que me moviera pronto, lo más pronto posible, antes de que iniciara el juicio, pues después de la primera audiencia con el juez, ya no podríamos salir. Me dijo “si yo estuviera en tu lugar, salvo a mi hija”. No hizo falta que me enseñara fotos de muchachitas despedazadas, yo sabía que, si nos quedábamos, mi hija iba a acabar muy mal.

Abandonarlo todo

Fue así como tomamos la decisión de abandonarlo todo y salir. Esa decisión no fue nada fácil. Conllevaba muchas renunciadas: materiales, laborales y afectivas. Además había que decidir a dónde ir.

En mi trabajo en el aeropuerto, yo había escuchado con frecuencia cómo los ticos se expresaban de su país, hablaban de lo seguro y tranquilo que era, de los buenos salarios y de la libertad que sentían.

Mi hija mayor investigó un poco más y elegimos Costa Rica sin saber la verdadera realidad de lo que implicaba llegar a vivir a este país.

En tres días organizamos el viaje. Miércoles: cada uno hace trámites para sacar el pasaporte. Jueves: comprar los boletos, sacar partidas de nacimiento, constancias, antecedentes penales. Viernes: dejarlo todo atrás.

El jueves a la media noche, salimos de la casa a dormir donde una amiga, la misma a la que le dejé casi todas mis cosas y lo más valioso para nosotros, nuestros perritos Mynor y Puppy. El viernes salimos de madrugada. Escuchar el llanto de mis perritos mientras nos íbamos a lo incierto es algo que no se olvida fácilmente.

Ese viaje fue el más duro y doloroso que he hecho en mi vida, el más largo. Para ahorrar, habíamos comprado tiquetes baratos, eso significaba viajar por tierra y dormir una noche en Nicaragua. El sábado salimos para Costa Rica.

Ángeles en mi camino

Desde que llegamos a Costa Rica, Dios puso ángeles en nuestros caminos. Tan pronto nos bajamos del bus, cansados y desorientados, se nos acercó un hombre, era un pastor de una iglesia evangélica. Nos contó que, en medio de la noche, Dios le había dicho que fuera a esa estación de bus. Él y su familia nos hospedaron por tres días. Nos dio techo y comida, además nos acompañó a buscar casa.

Uno de los hijos del pastor nos contó sobre la posibilidad de refugio. Nosotros creímos que veníamos a trabajar y que iba a ser sencillo todo, pero nos comentaron que sin permisos de trabajo iba a ser bastante difícil conseguirlo.





Recién llegando, yo caí en una depresión. Siempre fui muy activa, mientras mi marido no decía nada, yo fui la que dijo que nos viniéramos para acá. Cuando llegamos tuvimos muchos gastos, era muy estresante porque no teníamos ningún conocido en el país.

Al llegar al apartamento que encontramos fuimos también bendecidos. Un vecino nos presentó una salvadoreña que trabajaba en una panadería. Le dijeron que éramos compatriotas y de una vez ella quiso conocernos. Nos regaló cobijas. Las noches eran tan frías.

Luego un peruano nos regaló una cocina y en la panadería nos regalaban pan. Me daba mucha pena, pero estoy muy agradecida porque nos regalaron pan durante un año completo. Así fue como nunca nos faltó pan y tampoco amistades. Rápidamente logramos amueblar el apartamento, gracias al corazón bondadoso de ángeles que nos regalaban cosas. Hasta la fecha, no puedo más que agradecer por tanto que he recibido.

Pero no puedo decir lo mismo del Estado, ya que hay una burocracia para todo y una falta de interés de parte del gobierno hacia la población refugiada y solicitante de refugio. Tardamos un año y medio en el proceso. Las cosas te cambian cuando ya tienes tu cédula. Yo me sentí afortunada.

Recuerdo que en el 2014 había una campaña de publicidad que decía “Ser refugiado es como ser tico”. Yo me alegré, pero cuando nos tocó solicitar servicios, me di cuenta de que eran sólo buenas intenciones.

Hay muchísima desinformación, no se conocen los diferentes carnés que Migración extiende. Recuerdo que nunca pude pagar el alquiler con la credencial de solicitante de refugio, siempre tuve que usar el

pasaporte. Para muchos otros trámites no aceptaban el carné de solicitante.

En este proceso de adaptación tan difícil, en el largo camino de la integración y el reconocimiento de nuestros derechos como personas refugiadas, también debo reconocer el trabajo de ACNUR. Su acompañamiento nos ayuda a rearmar nuestras vidas en esta nueva patria que, gracias a Dios, nos ha recibido.

Aprender a soltar el pasado

Los procesos de adaptación no son fáciles. Costa Rica no es fácil. Aquí todo es trabajo. Si no se trabaja, no se come. La gente a veces me parece indiferente, sonreís, saludás, pero te vuelven la cara. He sentido mucha desconfianza. Allá, en mi barrio, hasta los vendedores me saludaban. Pero aquel mundo conocido ya no existe.

Quizá por eso, o no sé por qué razones, yo me he quedado como aislada, no tengo muchas relaciones, no conozco muchos lugares, no me gusta salir de la casa. Además, estar encerrada me genera un sentimiento de seguridad.

Para toda la familia este tiempo ha sido difícil. Yo aún no me he podido adaptar. A mi hija menor también le ha costado. Ha sufrido mucho. Pudo entrar al colegio, pero ha sido víctima de discriminación, sobre todo cuando se enteran de que era cercana a una persona vinculada a las maras. Mi esposo no quiere volver, ya con el permiso laboral pudo encontrar trabajo en una empresa. Él es feliz aquí. Yo sí anhelo volver.

Todo lo que me gusta, dejé de hacerlo cuando salí de El Salvador. Echo de menos las tardes de salir con las amigas, a tomarme una cerveza, a reírnos, a abrir el corazón. ¿Cuándo aquí he bailado? A las mujeres





nos hace falta compartir con otras. Hay cosas que los hombres nunca entenderán igual.

Me hacen falta la iglesia y mi organización. Yo era muy activa, iba a marchas, a luchar por las mujeres del campo, contra la violencia que vivimos como mujeres. Me gusta luchar por que las mujeres tomen conciencia de que no dependemos de un hombre para salir adelante. Creo que es importante tener independencia económica, porque a partir de la dependencia económica viene mucha violencia.

Pero aquí no he encontrado esos espacios colectivos; o no he tenido cabeza para buscarlos. Aquí no tengo seguro ni trabajo estable. Me ha costado también el clima frío y ando con suéter todo el año. Siento que me he vuelto más dura, pero creo que puede ser una manera de protegerme, no me quiero decepcionar.

Los vínculos con mi familia también se dañaron. Mis hermanas no entienden por qué huimos así, sin cierres ni despedidas y me reclaman mi decisión de salir. Creen que pasamos por todo esto por gusto, porque nos lo buscamos, porque hicimos algo mal. Creen que aquí vivimos una vida de lujos.

Yo tengo una sobrinita a la que adoro. Con ella veía películas de brujas y princesas. Ella me habló de Maléfica, el hada a la que cortaron las alas. A veces, me meto a las redes sociales y a escondidas veo sus fotos, lo que ha crecido, lo que le gusta. Lo hago en secreto porque jamás quisiera ponerla en peligro.

A veces yo siento que la culpa me cerca. Que soy un punto pequeño encerrado en una espiral de alambres. En ocasiones me doy cuenta de que me exijo demasiado. Mis hijas son las que me vienen aliviar y me llevan a comer algo o arreglarme el cabello. Yo sé que fui muy dura con ellas, sobre todo con la pequeña. Pero ellas me dicen que eso las ayudó a ser fuertes. Y sí que lo son.

Haciendo balance, veo también que he ganado cosas buenas. El miedo me empujó a salir, pero descubro que ya perdí ese miedo. Gané nuevos hijos, los maridos de mis hijas, y ahora también tengo nietas. Tengo nuevos compañeros, tengo una idea distinta de libertad. Descubrí el amor a mí misma, mis ganas de vivir y luchar. Veo a mis hijas haciendo sus vidas y pienso entonces que todo pasa para bien.

Ha sido difícil este viaje a mi pasado. Me di cuenta que no quería removerlo, que se había quedado cómodo, en algún rincón de las maletas que traje conmigo cuatro años atrás. Pero a veces no queda más que caminar y avanzar, aunque resulte doloroso. A mis 47 años estoy aprendiendo a soltar. Parece que cuando una habla, se sale el dolor, se muestra la herida, pero se empieza a sanar.



RETRATO

Salomé

Desde la mítica princesa bíblica, retratada en pinturas entre velos y panderos; hasta las pegajosas notas de la Falsaria (perdónala, perdónala), el nombre Salomé es de bailarina; de mujer que danza y con sus curvas alborota el espacio.

Así llegó al grupo la Salomé de este libro. Incapaz de pasar inadvertida, con su risa franca y sus ademanes vistosos, vestida de colores e invitando a las demás mujeres a arreglarse el cabello, a maquillarse, a cambiar la cara; a tratar de estar bien y seguir adelante. Sus carcajadas contagiosas van siempre cargadas de su certero optimismo; que termina también por ser contagioso.

“Yo no quiero escarbar en el pasado”, repetía. Ella, sobreviviente de tantas noches tristes, se resistía a mirar atrás. ¿Para qué iba a desandar los pasos si tanto le había costado pegar todos sus pedazos y llegar a hasta donde está? Detrás de la voluptuosa bailarina, estaba aún escondida la niña lastimada, y Salomé no la quería despertar.

Pero aun así, se animó a emprender el viaje. Contar su historia no solo le permitió abrazar a esa pequeña que le hacía preguntas a la luna, sino también ayudar a otras mujeres que necesiten de un empujón para tener ánimo y seguir adelante. Su valentía también servirá para recordarle a quienes tratan día a día con personas refugiadas, que nadie escoge esa condición, que siempre hay una historia detrás.

Es por eso que Salomé nos prestó su historia. Así, a veces a regañadientes, Salomé decidió a participar en el proceso, abriendo puertas clausuradas, desempolvando dolores, recordando los motivos que la llevaron a dejar atrás su pueblo de gente pujante, como a menudo nos señalaba.

Le pedimos que escribiera, cuando ella quería bailar. Por ese esfuerzo, por dejarnos viajar al pasado con ella, y aprender de sus pasos: gracias Salomé.



“ Ya no soy la misma mujer que salió de su país. Aprendí a ser más independiente, a acercarme a mis hijas de manera diferente, a ahorrar. Soy más fuerte, más positiva. Me siento empoderada, creo que puedo ayudar. Si alguien necesitara pedir refugio, puede contar conmigo. ”





Salomé (1979)

Cansada del sufrimiento y la humillación, escribiendo me siento libre. Inspirada en la vivencia de un país hermoso opacado por la violencia, escribo por aquellos que callan, por el sonido del silencio. Una voz que susurra libertad, un pueblo que pide auxilio en medio de las cadenas de la pobreza. Escribo por mis hijos, mis amigos y por Dios, por la voz de esas madres que lloran la realidad de Buenaventura.

SALOMÉ

Los dientes del viento

Durante muchos, demasiados años, sentí culpa por haber nacido. Cuando corrí por la calle detrás de mi madre, el viento se me estrellaba en la cara, lleno de dientes filosos, que me lastimaban. Años después, volví a estar sola en una calle.





Solo la mano de Dios se interpuso ante ese viento que venía hacia mí con sus dientes de acero: el viento lleno de balas.

Supe que nací un 14 de febrero, día del amor y la amistad, en una ciudad con un nombre de esperanza: Buenaventura. Nací a las cinco de la mañana, mientras el sol despuntaba sobre el puerto.

Mi papá, Ceferino, trabajaba por las noches y bebía. Bebía mucho. Mi mamá, estaba con mi abuela al momento de mi nacimiento. Me cuentan que esa noche, quizá por la alegría, mi papá bebió demasiado. Creo que de todas formas él ya estaba empezando a hundirse en ese hoyo profundo de la soledad y la desdicha que se esconde en el alcohol.

El llanto de mi madre marcó mis primeros años. Ahora sé que en silencio ella soportaba violencia física y psicológica, pero en ese momento yo no entendía nada. Solo quería que me cuidaran. Quizá tendría 4 o 5 años cuando una mañana, jugando en la cocina, se me vino encima una olla con agua caliente y me quemé. Ya no tengo cicatrices de aquel accidente terrible, pero me quedan las huellas de vivir entre tanta violencia y desprecio.

Tiempo después, mi madre me abandonó. Recuerdo cómo corría detrás de ella llorando, quitándome los dientes del viento de la cara. La recuerdo irse sin voltearme a ver, como si nada.

Mi infancia fue la soledad

¿Para dónde podía irme? ¿Qué iba a ser de mi vida? Una niña tan pequeña no decide nada, solo espera y aguanta. Así fue como me llevaron a vivir con mi tía Stella, sus dos hijos y su marido, un señor que nunca se atrevió a llevarle la contraria. No me gustaba la idea, pero tuve que acostumbrarme a ser la sobrina

“arrimada”. Si la gente supiera lo que daña, lo que puede doler una palabra. A veces me quedo pensando en lo que pueden estar viviendo y callando muchos niños y niñas que viven con personas crueles y se me estruja el corazón.

Mi infancia estuvo llena de preguntas sin respuestas ¿Por qué me abandonó mamá? ¿Por qué no me quiso? ¿Sería que no era su hija? ¿Por qué llegué a este mundo?

En casa de mi tía Stella yo la pasaba mal. Sus hijos quebraban cosas y a la que le pegaban era a mí, porque no había nadie que me defendiera. Eran tantos mis nervios, que me orinaba de saber que me darían látigo o castigo, siempre era la culpable, hiciera lo que hiciera. Llevaba una carga muy grande y apenas tenía 8 años.

En los ratos en que no estaba haciendo el oficio de la casa, soñaba con ser cantante o bailarina. Las noches se me hacían largas: dormía en un colchón viejo, con unas cobijas delgaditas. El frío me consumía los huesos, era terrible pero no podía decir nada porque no tenía otro lugar a donde ir.

Un día, mi tía Stella me pegó hasta ya no más. Se me puso un dedo verde del garrotazo. Papá, que aparecía de tanto en tanto, no creía que de verdad me maltrataban, mis historias no contaban. Había noches en que me tenía que ir a la cama sin comer, mi estómago sonaba y sonaban, como una triste canción. Yo me decía con la mente “no tengo hambre” o me levantaba de madrugada, despacito y me ponía un puntico de azúcar en la lengua y con eso me dormía.

Una mañana, papá me llevó a visitar a mi abuela. Cuando vio mi dedo verde y la mano hinchada, ella decidió que no volviera allá y por un momento, me sentí amada. Mi abuela fue mi salvación. Ya no tenía que escuchar insultos sobre mis padres, empecé a





estudiar y pude hacer muchas cosas. Mi abuela era dura, pero de vez en cuando me regalaba un poco de cariño, en esos momentos, pensaba que soñaba.

En las noche tibias de Buenaventura me sentaba a ver las estrellas. Me perdía mirando a esas tres que siempre están juntas y me preguntaba cómo sería conocer a Dios. Yo sola me hacía las preguntas, era tan pequeña y ya había sufrido tanto. Solo conocía la tristeza.

Cada tejo con su aparejo

Al llegar la adolescencia, vi como mi cuerpo empezó a cambiar. Me crecían los pechos y me convertí en señorita. Empecé a tener amigas, amigos y enamorados. Descubrí que me gustaba leer y pintar, que sigue siendo mi pasión. Me relaja pintar, me olvido de las cosas tristes.

Hubo alguien que me quiso mucho, pero mi abuela decía “él no es igual a ti”, porque yo soy negra y él era blanquito. Mi abuela decía “cada tejo con su aparejo”, yo no entendía. Tampoco entendía por qué le gustaba a los muchachos, si me sentía fea, quizá porque desde niña me habían hecho sentir así. Principalmente, no entendía por qué los muchachos blancos se fijaban en mí. Una vez una amiga me dijo: “Tú no eres fea, eso te lo han dicho por envidia”. Yo me reí. ¿Envidia? ¿De qué? Si yo no tenía nada.

Aunque quizá sí. Yo era una chica desenvuelta, animada. Hablaba de cualquier tema, con cualquier persona. Le caía bien a la gente, era agradable y bueno, con el tiempo comprendí que hasta eso puede molestar a algunas personas.

Cuando llegaron mis esperados quince años, no tuve una fiesta como las de mis amigas. Alguien de mi familia había caído preso. ¡Y qué cosas! Por eso no me celebraron. Me dieron de regalo unas alhajas hermosas

y un vestido, que una de mis primas se había puesto solo una vez. Me sentí triste, pero a la vez agradecida porque era lo máximo que me habían dado en la vida.

Desde ahí me acostumbré a no esperar recibir nada de nadie. Sabía que tenía que luchar por mis cosas. Me crié muy sencilla en cuanto a cosas materiales, pocos lujos, más pobreza, con lo medio necesario.

Hermanos contra hermanos

Luego de mis quince años vinieron tiempos complicados. Con mi abuela estábamos bien, porque sus hijos mayores trabajaban, pero las cosas se empezaron a enredar.

Vi como algunos familiares, de tener dinero pasaron a ser pobres, vi como los conflictos por los recursos que administraba mi abuela se volvían motivo de horribles discusiones. Y otra vez, lo que se llama “familia” era solo una pantalla, hermanos traicionando a hermanos. En medio de esto, nadie se percató de que la abuela estaba enferma. Un cáncer mortal y agresivo la atacaba, mientras sus hijos se peleaban por dinero.

Yo volví a sentirme sola, con mis preguntas a las estrellas trillizas, y siempre sin respuesta. ¿En qué familia he caído? ¿Dónde vine a nacer? ¿Por qué? No vi el amor, la unión, el cuidado que los miembros débiles necesitaban. Mi tía Stella solo abría la boca para dividir, fomentaba las peleas, las intrigas. ¡Era una persona tan nociva! Hoy me queda claro que no ganaba nada con eso, sin embargo en ese entonces no comprendía y sufría en silencio, otra vez.

Mi abuela murió cuando tenía 18 años. Mi mundo seguro se terminó de esfumar. De un pronto a otro, ya no tenía sentido nada. Siempre me habían gustado las personas ancianas, pero me sentí traicionada: te encariñas con ellas y luego se marchan, te abandonan,





para siempre. Decidí no mirarlos. Me volví negativa y empezó un periodo de rebeldía.

Era peleona, me decían. Quizá lo que buscaba era defender a las personas que yo pensaba que estaban desprotegidas. Me costaba quedarme callada.

Me gustaba ir a las discotecas, a rumbear, a divertirme con mis amigas. Me esforzaba por andar bonita, sexy, y disfrutaba que se enamoraran de mí, aunque yo no sintiera nada. Solo quería protección, pero no la encontraba. Tuve que aprender que los celos son otra cosa.

Nunca me gustó el alcohol. Eso me daba tranquilidad. Sabía que no podía tomar nada que encontrara servido en mi mesa, ni gaseosas ni tragos, solo lo que yo misma había visto destapar. Eso era una ley de oro, te protegía de muchas cosas. Buenaventura ya empezaba a ser un lugar peligroso, especialmente para las muchachas.

Una voz reconfortante

Me decía que la pasaba bien con los amigos, en la rumba, pero eran tiempos vacíos, mi vida no tenía un sentido. Ser rebelde era una forma de defenderme, de cuidar mi corazón.

Una vez, una amiga de la infancia y me invitó a su iglesia. Me burlé ¡yo en la iglesia! pero acepté. Muy incrédula por todo lo que había vivido, yo dudaba hasta de la existencia de Dios. Sin embargo, llegar a esa iglesia me marcó la vida. Descubrí que Dios me podía hablar y que me escuchaba.

No fue tan fácil. Cuando yo veía que en la iglesia todos aplaudían, cantando himnos a coros, hasta sentía pena por ellos, decía que estaban locos y me sorprendía de ver cómo se esforzaban por agradarle a Dios. No cabía en mi mente diminuta esa experiencia.

Hasta que un día, estaba cerca la celebración del año 2000, la enseñanza me habló de lo más hermoso que había escuchado en mi vida: que hay un Dios misericordioso que nos habla y no escuchamos por nuestros afanes y egoísmo. Estaba tan emocionada que mi corazón latía rápidamente y fue entonces, cuando una persona que no me conocía, me habló con la voz de Dios. “¿Por qué te sientes tan sola? Yo transformaré tu vida. Tú nunca has estado sola, yo siempre he estado contigo, te he cuidado. Hay cosas que me preguntas y me dices que te quieres morir”. Eso era algo que yo había expresado en silencio, mirando al cielo, una sola vez. Él me había escuchado y me lo repitió. Me dijo que no era tiempo de morir y que le permitiera curar mis heridas. Eso me reconfortó, me sentí diferente.

Pero aunque había vivido eso tan bello, fui necia y rebelde hasta con Dios.

Alguien que respira dentro de mí

Quedé embarazada a los 21 años. Fue un lío total. Mi familia me dio la espalda porque me había metido con una persona que nadie quería. Sí, quizá era parte de los errores que cometía, buscando donde nunca encontraba nada. Lo más irónico es que Francisco era negro, cada tejo con su aparejo.

Con la noticia del embarazo, me fui a vivir con mi tía Amelia, pero todo era demasiado complicado y en menos de un año, el padre de mi hija me llevó a vivir con él y con su mamá, allí viví por 12 años, hasta que tomé la decisión de salir.

Mi primer embarazo fue bello. Saber que alguien se alimenta, respira, siente todo lo que tú sientes. Saber que la vida se recogía en mi vientre era hermoso y raro para mí. Lo disfruté. Y así nació mi pequeña y hermosa Eliana.





Un año después estaba de nuevo embarazada, y esa vez me vi al borde de la muerte. El médico me dijo: el niño o usted. Le pedí a Dios que hiciera su voluntad y él decidió salvarnos a los dos. Y llegó a mi vida Dani, mi segundo gran amor.

Yo me había acostumbrado a no tener familia y lo único que deseaba era formar la mía, criar a mis hijas, cuidarlas. Pero la vida me deparaba más sufrimiento y violencia. Si yo pensaba que había sufrido, aquello no era ni el principio.

Muchas personas intentaron hacerme daño, no sabía por qué. Yo me agarraba de Dios pues sabía que aún con mis errores, podía confiarme en que Él peleaba las batallas por mí y saldría adelante.

Viví el desprecio de mi suegra hacia mí y hacia mis hijas. Volví a sentir el abandono, porque no contaba para nada con Francisco. Volví a sentirme “arrimada”. Mi suegra me despreciaba porque yo no era profesional, sino una simple manicurista y no apreciaba nada de lo que yo le daba, pero le desprecio hacia mis niñas era lo que más me golpeaba. Vine a aprender la palabra “valorarse”, no la conocía y la aprendí.

En esos tiempos duros, aprendí a valorar la vida y a valorarme. Supe lo que era luchar por mis hijas, esas vidas que se habían dado en mi vientre. Hoy sé que todas esas cosas me hacían fuerte y me maduraban. Luché mucho por no endurecerme y hoy me siento reconfortada porque aunque sola, he sido el pilar de mis hijas.

A veces me he sentido una mala mamá por consentirlas, cuidarlas, pero es difícil criar a tus hijas con maltrato cuando tú ya fuiste maltratada. Me han tachado de alcahueta, y no me importa. Me siento orgullosa de las hijas que tengo. Me abrazan, me besan, me dicen “si volviera a nacer, te escogería otra vez como mi mamá”.

Las escucho, conversamos, las apoyo en sus decisiones, aunque a veces se equivoquen. No las pongo a vivir mi vida, sino a forjar las suyas, que sean lo que quieran ser, siempre y cuando antepongan sus valores, lo que les he enseñado: amor, confianza, respeto.

La manicurista que quería ayudar

A mis 30 años ya era una excelente manicurista. Había llevado varios talleres y sabía que tenía habilidad y talento. Tenía jornadas de trabajo intenso, me levantaba a las 6 de la mañana y regresaba de madrugada a lavar y hacer las tareas de la casa y si por alguna razón, al día siguiente me quedaba dormida, “mi querida suegra” hacía la bulla para que me levantara. Así pasé enfermedades, dolores en un cuerpo que apenas se quejaba, así velé por mis hijas y me aguantaba. Sentía que estaba pagando por mis malas decisiones.

Quizá por eso, y porque siempre, desde pequeña había querido ayuda, sentía que no me podía quedar de brazos cruzados viendo como la violencia se iba apoderando de mi barrio y de toda Buenaventura.

Tu veías los noticieros y era triste todo: secuestros de niños para enseñarlos a matar, masacres, lugares de un horror inimaginable donde se torturaba, se asesinaba, cuerpos que aparecían desmembrados o que nunca aparecían en aquel reino del hampa; era una dura realidad.

Me metí en una organización que hace trabajo social, empecé como colaboradora enseñando a pintar uñas y luego entré de lleno a hacer trabajo social, iba a los barrios, sobre todo a barrios marginales. Empecé organizando equipos de personas para enseñarles temas de belleza y luego di talleres sobre valores en esas mismas comunidades y a otros líderes comunales. Descubrí que aquella adolescente desenvuelta





y entradora era ahora una líder exitosa en las comunidades y me sentía muy bien.

Pero había una realidad violenta, muy violenta, en mi país y en mi región.

Había muchas amenazas a líderes sociales y comunitarios que solo querían ayudar. Había mucha corrupción, no se podía entrar a un barrio sin poder permiso, no se podía hacer una reunión sin que se enteraran. Las amenazas llegaban de todos lados, de la delincuencia, de los para militares, de la guerrilla. No había forma de saber quién era quien.

Las amenazas llegaban de cualquier manera. Localizaban tu número de teléfono, preguntaban por ti y alguien les decía. Te llamaban. Un día te decían “Estamos viendo a tu hija” o “Estamos al frente de tu casa”. Las anchas calles de mi barrio parecían tranquilas, pero no lo eran.

Sucedían cosas horribles

Cuando vas a las comunidades ves muchachos jóvenes en las esquinas y piensas “no hacen nada” pero ya son maleantes que están vigilando, que están buscando a quien secuestrar. El punto eficaz de las mafias eran los muchachos, los enseñaban a matar. Había lugares, casas, que servían para entrenar a descuartizar seres humanos. Quedaban en la baja mar y así cuando subía la marea, se llevaba los restos. Había gente que nunca volvió a aparecer. A veces en la playa aparecía una mano, pero nada más. Son cosas que suenan horrible, pero era nuestra realidad.

Este reclutamiento de muchachos sucedía todo mi país, pero Buenaventura alcanzaba ya niveles terribles de crueldad. Hay muchachos que quieren salir adelante, pero el hambre y el hampa los absorben. Estos niños quizá no se mueren, pero se pierden. Las

cárceles están llenas de muchachitos que llevan varios muertos a la espalda y hay familias llorando por estos hijos ¿quién se los devuelve?

Los líderes comunitarios veíamos todo eso. Como lidereza comunitaria te enfrentas a las problemáticas de cada región, te enteras de cosas y por querer solucionar algo, apoyar a la gente para que algo se arregle, te vuelves peligroso. Igual hay muchos intereses políticos, a veces el gobierno ya sabe de esas situaciones. Hay muchísima corrupción.

Esto que cuento fue en el año 2015, pero incluso ahora me entero que el asesinato de líderes comunitarios es algo que viene desde el 2000. Siempre hay gente que quiere acabar con aquellos que buscan el progreso de su pueblo, sobre todo si esto interfiere con sus negocios.

No hay donde denunciar. Te tienes que quedar callado o tienes que migrar. No le dices nunca a nadie que te están amenazando. Eso no se le dice a nadie allá. Son cosas muy delicadas, no es de salir y confiárselo a cualquier persona, jamás. Como jamás podrías ir tampoco a la policía.

En ese contexto, fue que me encontré una noche cara a cara con los dientes del viento. Las balas venían de todas direcciones y solo la mano de Dios me salvó. Aún recuerdo la calle frente a mi casa y el punto donde dos hombres se pararon frente a mí para matarme.

Eso me hizo pensar en irme. Hasta ese momento no se me había ocurrido, a pesar de estar amenazada y del temor de que a mis hijas las secuestraran.

Un país para caminar descalza

Recuerdo que una noche, cansada y angustiada, puse un programa de viajes y vi un país. Decían que era





libre y se podía caminar con los pies descalzos por la arena. Me encantó y solo pensaba: qué bonito vivir ahí.

Luego apareció alguien a quien conocía desde pequeña y me propuso que por qué no me iba. Me habló de mi derecho a tener una mejor vida, a estar segura con mis hijas. Luego me ayudó a salir de allá, a organizar mis ahorros, a sacar mis papeles, me dio dinero. Él no sabía el detalle de lo que yo estaba pasando, las amenazas, el peligro, solo me veía muy angustiada. Sé que viajé primero a Costa Rica, pero le perdí el contacto.

No fue fácil llevar a cabo esa decisión. Cuando le dije a mi suegra que nos íbamos, le advertió a Francisco y él se negó a darme el permiso para llevarme a las niñas. Yo ya tenía todo, la fecha del viaje, los pasajes pero sin mis hijas no me iba a ir. Francisco, que nunca nos había dado nada, de pronto contrató un abogado para quitarme la patria potestad, pero yo le dije al abogado que tenía cómo probar el abandono en que nos tenía, lo irresponsable que había sido y hasta dije que podía demandarlo en Bienestar Familiar. Entonces el abogado lo convenció de darles el permiso y así fue.

Hablé con mis hijas para explicarles lo importante que era salir de esa situación. Les hablé de forma tranquila, tratando de que no fuera traumático para ellas. No solo yo dejé todo atrás, mis hijas también.

Irme de mi país fue fuerte. Yo nunca había salido de Buenaventura. Viajar, pasar fronteras, pueblitos, países; una no sabe con qué se va a encontrar. El camino en el tránsito es incierto.

El hambre no da tiempo

Armar la vida en Costa Rica ha sido complicado. La vida de una persona refugiada es difícil, no nos dan empleo fácilmente, sufrimos escasez por mucho tiempo. A mí me tocó vivir discriminación laboral,

por el solo hecho de ser extranjera y ser negra. Voces anónimas y otras no tanto, te hacen sentir un sinnúmero de cosas para dañarte. Te estafan pagándote menos, porque no tienes una cédula de residencia. Te dicen que el carné de permiso laboral no sirve para muchas cosas y el de solicitante de refugio tampoco. Es triste.

Antes de obtener el estatus de refugiada, solo conseguí trabajo en una casa, donde además de dar mis servicios como estilista, me tocaba cuidar a los niños, a un adulto mayor y hacer las tareas domésticas. Yo sentía que mi cuerpo no daba, tenía demasiado estrés encima y me pagaban una miseria.

Andaba con los zapatos reventados, de un dinero para un pasaje que quizá alguien me regalaba, compraba un pan para llevarlo a la casa.

Iba a ferias de empleo, pero descubrí que las mismas compañías buscan burlarse de tu dolor, no te llaman, no te explican por qué. Yo vi, como botaban a la basura los currículos que habían recibido y me dio tanto dolor pensando en todo lo que le cuesta sacar una copia a alguien que no tiene trabajo. Es triste llegar a buscar trabajo si no te has arreglado el pelo y las uñas, por falta de dinero y muchos se burlan de como te ves. Es triste.

Pero yo me decía “o me arreglo o mis hijas no comen”. Me arreglaba y me subía el ánimo, porque el hambre no da tiempo y menos el hambre de nuestros hijos.

Cuando conseguí mi carnet de refugio, obtuve otro trabajo donde me presionaban mucho. Los compañeros de trabajo hacían de todo para que me echaran y eso me enfermaba. La presión de tener que pagar el alquiler, de darle de comer a mis hijas, de no poder estar con ellas, eso me angustiaba. Mis niñas habían recibido una beca para que estudiaran,





pero sobre todo la mayor se puso rebelde, quizá por quedarse tanto tiempo sola; empezó con la idea de no querer ir más a clases.

Yo me había hecho ilusiones de que con el carnet de refugio sí se me iban a abrir las puertas, pero no fue así. No lo aceptan ni en los bancos. En los Ebais te atienden pero después te cobran, te mandan la cuenta a pesar de que tú no tienes ni para comprarte una tapa de dulce.

Pero también encontré entidades que me tendieron la mano, como ACAI, ACNUR, RET, IMAS y otras. Nos capacitan, aprendemos nuestros derechos, y sentimos por momentos que no estamos tan solas.

Un nuevo estigma: colombiana

La adaptación puede ser horrible, sobre todo si hay que lidiar con el racismo y la xenofobia.

Me ha tocado duro con el estigma de ser colombiana. Una vez no tenía el dinero completo para pagar el alquiler. Le di al casero una parte, prometiéndole que le daba el resto apenas encontrara trabajo, pero él prefirió decidió decirme que mejor me fuera. Me devolvió el dinero diciendo que no quería amenazas de muerte. Yo me le quedé mirando, y le dije que si me veía cara de maleante. En los trabajos, era usual que me acusaran de robarme cosas o dinero que se perdía, y me tocaba pagar con mis pocos recursos. No me trataban igual que los demás en mis trabajos, ni siquiera igual que a otras extrajeras, solo por ser colombiana.

Y el carnet de refugio también se vuelve motivo para otro tipo de discriminación. Hay gente que supone que el Estado te mantiene, que nos tratan mejor que a los nacionales. Se generan reclamos. A mí me han dicho que Costa Rica ya no puede soportar a más extranjeros.

Mis hijas se adaptaron más fácilmente, quizá porque llegaron pequeñas, porque encontraron amistades, porque desde que pusieron sus pies en Costa Rica, se sintieron bien. Eliana si tuvo problemas en el colegio, con la directora, pero los ha ido superando. Daniela sigue adaptándose poco a poco, yo siento que ellas están mucho mejor.

A mí, la adaptación en este país me enseñó a ser cuidadosa y reservada. A no relacionarme con mucha gente.

Yo sigo teniendo vínculos con Colombia, con alguna de la familia que queda allá, pero mi hogar lo construyo con mis hijas, porque yo siempre he guerreado sola, la familia nunca me ha ayudado. Tengo algunas amigas, pero la mayoría también ha salido del país.

En Costa Rica, no tengo mucho contacto con mis paisanos, pero me llevo muy bien con otras refugiadas. Tengo un grupo de amigas salvadoreñas y de otros países, lo cual me ha ayudado mucho a adaptarme, porque me ayuda a entender que todas tenemos una historia.

Extraño Colombia, sí. La comida, los muchachos jugando en la calle, la gente conversando, saludando a los vecinos. El bullicio de mi barrio humilde, dado a la rumba y la bailadera, donde hace mucho calor. Me encantaría ir al río con mis amigas, a un paseo de olla. Pero no sé si quisiera regresar, volver a vivir allá. Además a mis hijas le gusta este país, ellas ahora tienen una parte de sus vidas acá.

Nadie escoge ser refugiada

Nadie escoge ser refugiado. Nadie quiere verse obligado a salir de su país. Nuestra historia no es la de las personas migrantes que pueden regresar a





su patria en cualquier momento, nosotras no. Una persona refugiada no puede volver, porque pierdes tu condición de amparo, porque si regresas te matan.

Cualquiera puede llegar a ser refugiado de un momento a otro, si las condiciones de tu vida, de tu país así lo marcan. Es necesario que la gente sepa esto y es algo que va más allá de campañas. Yo quisiera que se puedan poner, aunque sea por un momento, en los zapatos de una persona refugiada.

Las refugiadas tenemos una historia muy dura en el país que dejamos, una historia que para las mujeres es quizá más fuerte, porque nuestras vidas están marcadas por el machismo y la violencia. Pero he aprendido que somos fuertes, valientes, poderosas. Aguantamos todos los cambios con lágrimas y soledad, pero no nos rendimos. Seguimos subiendo peldaños, aunque sean muy altos.

El refugio me ha ayudado a valorar la esencia del ser humano, que no es el dinero, que no es la ropa, sino lo que llevamos por dentro, con sencillez. Aprendí que lo imprescindible era sobrevivir y seguir en la lucha diaria, movida por el amor a mis seres queridos y a Dios.

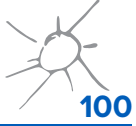
Ya no soy la misma mujer que salió de su país. Aprendí a ser más independiente, a acercarme a mis hijas de manera diferente, a ahorrar. Soy más fuerte, más positiva. Me siento empoderada, creo que puedo ayudar. Si alguien necesitara pedir refugio, puede contar conmigo.

Ahora me gusta caminar descalza en el piso de madera de mi pequeña casa, quedarme tranquila en mi cuarto pintado de blanco y mirar por la ventana los aviones que pasan. Me gusta viajar de mi casa a San José, la carretera me encanta. Hay una temporada donde se llena de flores. Una vez crucé

en el ferry para ir a la playa, me gustan las olas del mar.

Ahora quisiera poner mi salón de estilista, volver a hacer uñas y peinados, tener una casita propia, ver a mis hijas cumplir sus sueños. Poner mi cara de frente al viento sin miedo de que me muerda. Yo no sé si es que una viene a la vida con los pasos marcados, o simplemente hay cosas que le toca vivir.





RETRATO

Victoria

Al igual que todas las viajeras de este libro, Victoria tenía que pensar siempre en su seguridad y en la de sus seres queridos.

Victoria es un nombre hermoso y le queda muy bien.

Porque Victoria ha batallado. Desde muy pequeña, y muchas veces sola. Sin embargo ha salido airoso y se ha encontrado consigo misma en el camino. Victoria a pesar de las culpas, de los miedos, Victoria a pesar de las sombras y los monstruos que aún viven en su jardín.

En las sesiones de trabajo y en los espacios informales, entre frutas y pastelillos, a veces Victoria expresaba sus dudas y sus temores con una timidez de adolescente que llega por primera vez a la ciudad. Gracias a esas preguntas, muchas veces abrimos la puerta a conversaciones interesantísimas, que desbordaban los límites de las horas del café.

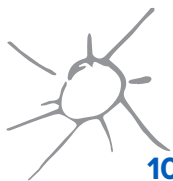
Otras veces Victoria daba consejos o plantaba sus posiciones,

suavecito, como pidiendo permiso, pero con la certeza de la mujer que ha sido motor de su familia y es fuego en que se cocinan las sabrosas salsas de los sueños y el futuro.

A Victoria le gustan las mariposas, quizá porque las mariposas son un poco como ella. Si tomamos una mariposa fuertemente por las alas, estas se romperán o le dejaremos una marca, pero las mariposas saben de transformaciones y dificultades; alguna vez fueron orugas y pasaron por la estrechez del capullo. Las mariposas pueden viajar atravesando continentes, y con su enorme trabajo de polinizadoras incansables, propagan la vida de jardín en jardín.

“ El dolor y las vivencias más fuertes de mi vida me transformaron en lo que hoy soy: una mujer verdaderamente valiente y fuerte, con lágrimas y esperanzas. Trato de ver los colores que me trae cada día, con la actitud de que sí se puede salir adelante a pesar de las adversidades. Ahora tengo dos países y los amo. ”





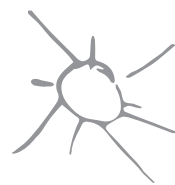
Victoria (1976)

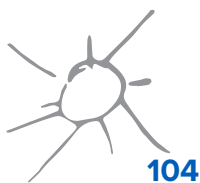
Me gusta tomarme una tacita de café sola, viendo la vida desde una perspectiva diferente a lo cotidiano. Los años me han enseñado a ser más humana, comprensiva, a entender a los demás, las historias que cargamos, el dolor. Vivo con la certeza de que aun cuando hay días nublados, el sol brillará de nuevo con mucha intensidad.

VICTORIA

Gracias por el abrazo

Una mujer fuerte es la que le hace frente a las adversidades de la vida, en ocasiones con lágrimas y dolor, pero siempre con la frente en alto. He pasado por desiertos áridos, he visto las tormentas y ahora sé, que en cada puesta de sol, yo brillo junto a él.





Un 15 de enero de 1974 nació una niña en el Hospital Nacional de Maternidad en San Salvador. Esa niña se llamó Victoria.

Cuando nací, tenía dos hermanos: una niña y un varón. Nunca conocí a mi mamá. Nunca supe qué había sido de ella, no conocí a su familia. Papá dice que ya murió, pero hasta el día de hoy, no sé dónde estará enterrada. En ocasiones he tenido curiosidad de buscar a mis familiares, así, sin que nadie se dé cuenta, pero me ha sido imposible.

Dice mi papá que yo tenía ocho meses cuando él le quitó los hijos a mi mamá, literalmente le robó los hijos a una madre. Papá era militar de la Guardia Nacional y vivía en los cuarteles, por eso tampoco nos podía cuidar y nos repartió con diversos familiares. No sé qué edades tendrían mis hermanos, pero también eran pequeños. Crecimos separados y aún hoy me duele haber perdido esa relación.

La casa de adobes

El barrio donde yo vivía se llamaba La Candela. Mi casa era esquinera, de adobes y horcones de madera. Años después el terremoto la botó, pero la volvieron a construir. Había un patio pequeño donde mi abuela tenía flores y un baño oscuro, tétrico, que me daba miedo.

Yo vivía con dos tías y mi abuela. Mis tías estudiaban en el colegio, eran unas señoritas, y mi mami (así le decía yo a mi abuela), tenía un puesto en el mercado, donde vendía ropa. Allí me pasaba yo el día porque en la casa no quedaba nadie que cuidara. La abuela me hacía camas con cartones para que yo pudiera dormir.

Recuerdo que una de mis tías me llevaba al cuartel a visitar a mi papá en los días de visita, lo veía con su uniforme verde olivo y botones muy brillantes en su pecho y en los brazos, eran amarillos como de oro.

También usaba unas botas negras que le llegaban hasta las rodillas. A mí me vestían con unos vestidos largos de flores. Yo era muy feliz cuando iba a ver a mi papá pues no tenía conciencia de lo que pasaba, solo me importaba verlo.

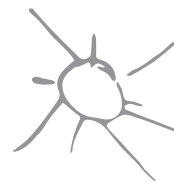
En las noches, cuando lloraba, una de mis tías me mecía en una hamaca para dormirme y me daba chupón con leche.

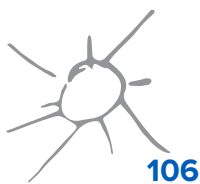
De vez en cuando preguntaba por mamá o por papá. Mis tías me respondían que ellos me querían mucho y que vendrían un día de esos, con eso yo ya estaba tranquila. Como estaba tan pequeña, no tenía conciencia de cuanta falta me hacían, sin embargo esa sensación de orfandad se quedó conmigo. Puedo decir que extraño mucho a mi mamá y que aunque nunca la conocí, me hace mucha falta.

Además del puesto del mercado, la familia también tenía una tienda, se llamaba “Abarrotería Leticia”. La atendía mi tío y tengo entendido que mi papá había aportado dinero para ponerla, con la idea de que con las ganancias me pudieran mantener a mí. A mí me gustaba atender a las personas que llegaban a comprar.

A la casa también llegaba otro de mis tíos. Era un hombre muy violento, tomaba mucho alcohol, le gritaba a mi abuela y siempre me pareció capaz de pegarle. Yo le tenía mucho miedo y me iba corriendo apenas lo veía venir. También me daban miedo los inviernos, porque media cuadra hacía abajo de mi casa pasaba un río que con las lluvias se rebalsaba y el agua se metía en todas las casas. Era una tragedia porque siempre nos desvelábamos en esos inviernos esperando que el río se rebalsara.

A pesar de las dificultades fui una niña feliz. Mis tías me llevaban a la escuela, jugaba con los chicos de mi barrio, sobre todo en las noches en que se iba la luz y solo la luna nos iluminaba. Recuerdo que todas





las navidades trabajaba con mi abuela en el mercado vendiendo. Eran jornadas intensas, pero al final mi abuela preparaba una cena de navidad, y de la ropa que vendía, me dejaba escoger un vestido como regalo.

Fui creciendo y dándome cuenta de la realidad. En la escuela se fue me haciendo más evidente la ausencia de mis padres. Aunque mi abuela y mis tías me querían, nunca iban a las reuniones en mi representación. Había una maestra que me discriminaba, hacía comentarios frente a mis compañeros y se burlaba de mí porque después de la escuela tenía que trabajar en el mercado o en la tienda. Nunca me permitió participar en las actividades; recuerdo que yo me iba a sentar a un corredor y lloraba abrazada a los pilares viendo a mis compañeras ensayar.

A vivir a la ciudad

Cuando cumplí 14 años, mi abuela me mandó a vivir a la capital. Mis dos tías se habían casado y a mi abuela le pareció que era mucho más seguro que viviera con ellas. Mi abuela decía que yo estaba en la edad de las hormonas revueltas y que si me quedaba en el pueblo, en cualquier momento “metía las patas” y salía con un embarazo.

Emprendí una nueva vida en San Salvador junto a mis tías. Me matricularon en un colegio católico, de monjas. Allí mismo estudié el bachillerato y me gradué como secretaria. Ahí empecé una nueva aventura e hice amigos que hasta el día de hoy conservo.

Pero mi adolescencia fue difícil. Recuerdo que cuando cumplí 15 años solo me compraron con un pastel y me cantaron. Ya mis tías tenían hijos y yo notaba que la atención que les daban no era como la que me habían dado a mí, me sentía como “arrimada”. Se me hacía más fuerte la ausencia de mis padres y ese dolor crecía en mi alma.

Con mis tías nunca se hablaba de mi mamá o mi papá, tampoco de mis hermanos. Ese tema no se tocaba. Había noches en las que me quedaba mirando el silencio de la luna en el cielo y lloraba preguntándome por qué no tenía papás como todo el mundo. Fue a partir de los 15 o 16 años que empezó mi rebeldía. Había mucho dolor en mi corazón y me sentía muy sola.

Me cambió mucho la personalidad, empecé a ser malcriada con mis tías. Una de ellas se fue a vivir a Estados Unidos y eso me destrozó. Me quedé viviendo con la que era más dura y enojada. Hoy sé que ser tan estricta era su forma de cuidarme, pero me dolía que casi nunca platicara conmigo. Solo recibía un abrazo cuando venía de visita la abuela, una vez al mes.

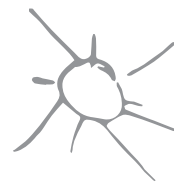
Aires de independencia

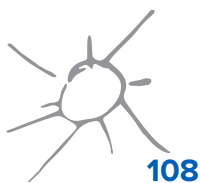
A los 18 años me gradué. Mis tías no invitaron a mi papá, pero a mí me daba igual. Para ese entonces sentía que lo odiaba, él se había casado y tuvo tres hijos más con su nueva esposa. Él tenía la familia que a mí me había negado.

Después de graduarme, mi tía me consiguió mi primer trabajo. Era muy satisfactorio recibir mi salario, ganar mi dinero y colaborar económicamente con la familia de mi tía, que si bien no era mi familia añorada, era la que Dios me dio.

A mis 19 años me fui a inscribir a la universidad. Estudié como dos años y medio nada más. Mientras estudiaba y trabajaba, empecé a tener más libertad pues, a pesar de haber sido una adolescente rebelde, siempre había obedecido a mi tía, le tenía respeto y a veces miedo, cuando me daba una orden, yo la cumplía aún en contra de mi voluntad.

En esta etapa me gustaba viajar, ya podía ir por mi cuenta a ver a mi abuela. También fue en ese tiempo





cuando tuve mi primer novio, con el que después me casé. Me lo presentó una amiga el día de mi cumpleaños y él me iba a buscar a la universidad. Nos fuimos conociendo poco a poco, hasta que nos hicimos novios.

Pero no todo eran risas y abrazos. A mis suegros no les gustaba la relación. Decían que yo venía de una familia muy descompuesta, que estaba llena de sufrimiento y con el corazón muy herido. Parecía una relación imposible, pero al final no nos importó y decidimos casarnos. Ya tenía 3 meses de embarazo de mi primer hijo, era el año 1999.

Después de casados me fui a vivir a casa de mi esposo con su familia. Esto no fue buena idea. La convivencia no era agradable y terminaron hiriendo más mi corazón. A pesar de estar casada, siempre sentía un vacío y no era feliz. En ese tiempo, perdí también relación con la tía que más quería y volvió esa sensación de vivir “arrimada”.

El nacimiento de mi hijo fue difícil. Me dejaron sufrir mucho en el hospital. Después de un día y medio de estar ingresada, los médicos se dieron cuenta de que yo no iba a dilatar más y al darse cuenta de que mi hijo se ahogaba, autorizaron la cesárea. ¡Cómo me hizo falta mi madre en ese momento! Yo solo lloraba y no quería regresar a la casa de mis suegros.

La llegada de mi hijo me dio fuerza para saber que teníamos que irnos de esa casa y gracias a una oportunidad en el trabajo, empecé a pagar la cuota de un apartamento. Trabajaba para eso y para aportar a la casa.

Pero el tiempo pasaba y mis relaciones se deterioraban. Me sentía cansada, desprotegida y sola, y no superaba la ausencia de mi mamá. Tenía problemas con mi esposo, nos pasábamos peleando todo el tiempo. Sin embargo, en alguna de esas reconciliaciones

momentáneas quedé embarazada. Yo tenía 29 años y el momento era crítico.

Cuando tenía tres meses de embarazo, una infección en los riñones me provocó una fiebre muy alta. Me ingresaron al hospital el mismo día en que a mi hijo mayor, que sólo tenía 6 añitos, lo operaban en otro hospital. Fue tan terrible la sensación de impotencia, yo a punto de perder al bebé que llevaba en el vientre y mí otro hijo entre la vida y la muerte. Pero Dios fue tan misericordioso que nos salvó a los tres.

En abril del 2006 nació mi segundo hijo. Eran tiempos de inseguridad y miedo, mi matrimonio no estaba bien y estábamos pensando en separarnos.

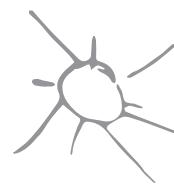
Tatuajes en el corazón

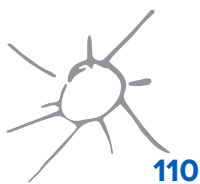
Aún con toda la bondad de Dios en mi vida, yo seguía muy solitaria y con emociones muy fuertes. Rezaba para tener la fortaleza de seguir adelante y me sostenía en el amor de mis hijos, la razón de mi vida.

Había dejado el trabajo para poder cuidar a mis dos pequeños y eso tensó aún más la relación con mi esposo. Siempre estaba de mal humor, amargado. A veces se iba y no llegaba a dormir y yo aguantaba para evitar el conflicto. Pero la tensión era cada vez más y más fuerte. Llegué a sufrir violencia verbal y emocional. Esa cicatriz queda como un tatuaje en el corazón.

Me sentía tan desvalorizada, tan poca cosa, yo en serio pensaba que no valía nada como mujer y me abrumaba la sensación de soledad. Mi esposo se fue durante casi un año y me quedé sola con mis hijos pequeños. Lloré mucho todo ese tiempo y no encontraba un afecto, una mano amiga para desahogarme.

De repente una vecina me habló de Dios y me invitó un retiro. Lloré por todo lo que había sufrido y empecé





un proceso largo de sanación. Descubrí que solo yo podía quitarme toda esa rabia que tenía en el corazón, supe que si yo no cambiaba, me moría. Mi esposo regresó a casa y volvimos a reconciliarnos.

En esta etapa de mi vida, parecía que todo iba bien y empecé a tener esa paz que siempre anhelé en mi vida. Empecé a servir en la iglesia y a involucrarme en sus actividades. Ayudaba, oraba, comprendía a las demás personas y eso me llenaba mucho el corazón. A mi esposo no le gustaba ir pero yo llevaba a mis hijos. Aún había problemas entre mi esposo y yo, pero yo estaba cambiando.

Teníamos problemas económicos, había días en que no teníamos ni para lo más básico. Así fue como empecé a pensar en generar ingresos vendiendo comida. Hacía pupusas, panes con pollo, paletitas de chocolate. Empecé a llevar cursos de panadería, de atención al cliente. Por dos años saqué muchos cursos en una institución de gobierno, que además me ayudó crecer como mujer, a sentirme más útil y a ver la vida con más emoción y buena actitud. Fueron años muy positivos.

Mi esposo seguía amargado pero yo ya no le daba importancia porque pasaba muy ocupada en mis actividades. Comencé a relacionarme con más personas y mi autoestima mejoró.

La sombra de la violencia

Para ese entonces, tendría yo 30 o 35 años, habíamos logrado tener nuestra propia casa y vivíamos en un residencial bonito, privado, cerca de un centro comercial. Recuerdo que todo me quedaba cerca: las paradas de buses, las tiendas, el mercado. Había ventas de todo: verduras, tortillas, pupusas, pollo.

Pero frente al residencial había una colonia peligrosa de La Mara 18. Allí había un molino, y aunque era

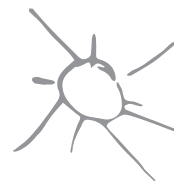
peligroso, yo sí entraba a moler tomates para mis salsas. Para llegar, había que subir una cuestecita y cuando subías a la parte más alta, veías la comunidad. Era un mar de champitas, hechas con bolsas de plástico y láminas.

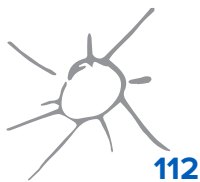
Al inicio de esa cuestecita había una parada de buses. Fue en otra parada de buses donde inició nuestro terror.

Gracias al esfuerzo de nuestro trabajo, podíamos tener a nuestros hijos en un colegio privado. Además, le pagábamos microbús a nuestro hijo mayor que en este entonces tenía 17 años. Un día, el chofer del microbús nos llamó para decirnos que ya no podía dar el servicio, le expliqué a mi hijo que tenía que ir solo a tomar el bus.

Al rededor de las tres de la tarde mi hijo caminó hacia una parada junto a dos compañeros. Esperando el bus llegó un pandillero de la MS. Venía por mi hijo, por “el chele”, que así le dicen en El Salvador, a los de piel blanca. Les quitó a todos los teléfonos y le preguntó a mi niño si estaba “posteando”, mi hijo no tenía ni idea de qué se refería. El tipo le revisó, el bolso, los cuadernos, buscaba alguna marca que lo identificara como pandillero. Como no encontró nada, llamó a su jefe. Le dijo que se habían equivocado, que ese no era el chele que buscaban.

De todas maneras, el marero se llevó a mi hijo caminando. “No hagas nada”, le dijo. “No digas nada porque ahorita ando armado y estoy nervioso. No intentes hacer algún movimiento porque alrededor mío tengo más compañeros vigilando”. Llegaron los otros y lo interrogaron. Le preguntaron dónde vivía, con quiénes, dónde estudiaba, a qué se dedicaba su familia y lo amenazaba con que si le mentía, le iba a ir muy mal. El marero volvió a llamar a su jefe y le insistió en que ese no era el tipo que buscaban, le mencionó incluso que mi hijo era cristiano porque llevaba una





biblia en su bolso. Le preguntaba qué hacer, si se lo llevaba o qué.

Entonces el marero le dijo a mi hijo que se lo iban a llevar, que se iba a ir en bus con él, pero que unos carros iban a ir detrás de él. Lo iban a soltar cerca de su casa, para ver si era cierto lo que les había dicho. Mientras tanto, yo estaba angustiada porque ya era tarde y mi hijo no llegaba.

Ya era de noche cuando lo dejaron en el portón del residencial. Le dijeron que lo iban a estar vigilando y controlando a él y a su familia. Gracias a mi Dios que lo soltaron. Pero quedaba la amenaza “Te estamos vigilando y si nos mentís, te vamos a matar”. En mi país esas amenazas se cumplen.

En El Salvador, si las personas caminan en territorios que pertenecen a las maras contrarias, los matan, sean niños o ancianos, eso no importa. Matan por la renta, matan por no obedecerles. Allá los jóvenes corren mucho peligro. Las maras son muy organizadas. Esperan afuera de las escuelas y colegios y se roban a los niños para reclutarlos. Las niñas son secuestradas, las llevan a las cárceles para que las violen los mareros y luego aparecen muertas. Los mareros son como que vayás al infierno, y los demonios están ahí con vos.

Aquel día yo estaba afuera esperando a mi hijo, y en eso lo vi, pálido y muy asustado. Me tomó del brazo y me dijo “Mamá por favor no hagas ni digas nada, camina sin mirar hacia atrás porque nos están vigilando”. Cuando me contó todo, yo casi me desvanezco. Cuando mi esposo llegó en la noche del trabajo, le contamos y se sentía tan impotente, con mucho temor y enojo.

Fuimos a poner la denuncia del secuestro a la policía, pero ahí no se le da importancia a estos casos. Más bien hay policías infiltrados que tienen conexiones con los pandilleros y ellos mismos son “soplones” con

los mareros. Deberíamos tener la seguridad de que las autoridades nos protegen, pero así no es.

La casa como prisión

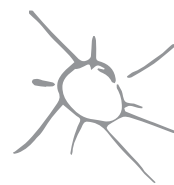
Un día le sonó el teléfono a mi hijo, era un número desconocido. Los mareros habían tomado el número de mi hijo de los celulares que les robaron a sus amigos para llamarlo y amenazarlo. Después de esto, no mandé más a mis hijos al colegio. Yo tampoco me atrevía a salir sola de la casa. El miedo a que nos mataran se instaló en nuestras vidas, nos preguntábamos que qué íbamos a hacer.

Yo tengo una gran amiga que es como mi hermana, ella vive en Costa Rica desde hace como 10 años. A ella los mareros le mataron a sus familiares por pagos de renta.

La contacté por mensajes de texto y le conté lo que nos había sucedido, me dijo que nos fuéramos antes de que mataran a mis hijos y a toda la familia. Que ya veríamos qué hacíamos después, pero que nos fuéramos a Costa Rica lo más pronto posible. Me escribió “no esperes hasta que maten a alguien para salir de ahí”. Fueron días de desesperación, temor y angustia.

No podíamos ir a otro lugar de El Salvador, porque todo el país está inundado de mareros. Yo le decía a mi esposo que teníamos que salir, porque nuestros dos hijos son varones y ya el pequeño iba creciendo, no podíamos vivir encerrados. Oramos a Dios, le dijimos que empezaríamos a hacer trámites y si todo salía bien, es porque era una señal de Él.

A los quince días tomamos la decisión de salir. Hablamos con nuestra amiga y ella nos orientó. Fue así como en junio del 2015 salimos de El Salvador a vivir a otro país; con nuestras vidas rotas, sin saber a lo que íbamos, ni a dónde íbamos.





Dejar la tierra de uno

Viajamos en carro desde El Salvador hasta Costa Rica, no queríamos dejar el carro allá. Duramos dos días viajando, llegamos sin descanso hasta Managua, nos quedamos en un hostel y luego hasta acá, Costa Rica.

Fue un viaje largo, extraño. Mis hijos no estaban de acuerdo con venirse, sobre todo el mayor. Le dolía dejar a sus amigos. Nosotros intentábamos poner cara de felicidad, mi esposo venía cantando y platicando, pero traíamos un nudo en el corazón. Entramos a Costa Rica regularmente, con nuestros pasaportes vigentes, pidiendo auxilio. Fuimos a Migración a pedir refugio.

Huir de tu país para estar en un lugar desconocido te causa un fuerte dolor emocional y espiritual. Dejamos todo atrás en El Salvador: sueños, ilusiones, amistades, familia. Es demasiado el dolor de dejar la tierra de una. Junto con el secuestro de mi hijo, ese desarraigo es lo peor que he vivido. Tal vez otras personas perdieron a toda su familia por los mareros. Yo estoy aquí en Costa Rica por la vida de mis hijos.

En la lista de mis pérdidas puedo escribir muchas cosas: La vida cotidiana, las tradiciones, los lugares de paseo. La relación cercana con mi familia, las amistades, mi trabajo, la iglesia donde servía.

Sufrimos tanto que yo caí en una depresión terrible. No sabía cómo levantarme y vivir, mis hijos se enfermaron, y mi esposo dejó de comer y se puso muy delgado. En la escuela de mi hijo pequeño se burlaron de él, tanto que se escondía debajo de la cama y no quería ir a clases. No solo los niños, sino el mismo subdirector nos trató con palabras hirientes. Fue realmente una travesía en un desierto amargas.

Nos sentíamos como pollitos, muy asustados. No sabíamos dónde estábamos ni a qué veníamos. Una

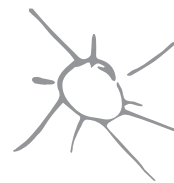
cosa es escuchar esta historia, y otra tener que vivirla. Creo que no tendría las fuerzas para volver a salir así. Recuerdo que mi esposo salía a San José a trabajar en lo que encontrara. Llegaba muy sucio y mojado, era como ver un indigente. Nos decía “Yo les prometo que voy a trabajar toda mi vida para sacar mi familia adelante”, y hasta el día de hoy lo ha cumplido. Yo también trabajé donde se podía, lavando bandejas en una panadería y luego en una pizzería, también en casas haciendo limpieza.

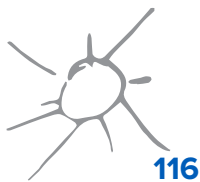
Fue difícil conseguir una casa. Nos ponían peros por no tener cédula y solo permiso de trabajo. Era angustiante, no quería venir hasta aquí para vivir debajo de un puente. Pensamos incluso en regresar a El Salvador. Del colegio de mi hijo menor nos mandaron a llamar para decirnos que él tenía pensamientos suicidas. Mi esposo y yo trabajábamos todo el día y nuestro hijo pasaba muy solo en un país extraño.

Vivimos de forma muy marcada la discriminación. En Costa Rica hay mucha fobia a hacia las personas extranjeras, pero de las pobres diría yo, porque de las millonarias no dicen nada.

Recuerdo que una vez fui a un Ebais, un centro de salud, para que me atendieran unos dolores fuertes que tenía. Me dijeron que no podían atenderme porque ese documento que les presenté -mi carné de solicitante de refugio- no lo conocían. También me dijeron que su prioridad eran los nacionales y que lo sentían mucho. Luego me pidieron que abandonara la fila y me fuera. Me enfermé más y me dolió hasta el alma.

Ser refugiada te acarrea de alguna manera el menosprecio de la sociedad y eso lastima mucho la autoestima. Una se siente incómoda hasta de hablar con las personas porque rápidamente la gente emite juicios y señalamientos sin tener en cuenta la historia que hay detrás de cada persona refugiada.





Bienvenido a su nueva casa

Pero no todo ha sido malo. Al año de estar acá en Costa Rica nos llamaron de Migración y nos dijeron que nuestra solicitud de refugio había sido aprobada. “Bienvenidos a Costa Rica, su nueva casa”, dijeron. Nosotros saltábamos y llorábamos de alegría, aunque teníamos muchos sentimientos encontrados. Ya con nuestro documento legal nos sentíamos menos desprotegidos.

Con el tiempo me he dado cuenta de que también gané muchas cosas que suman a mi balance: Gané seguridad, tranquilidad, la libertad de andar por las calles sin miedo, la sensación de vivir más sanamente, en un ambiente sano. Gané también un nuevo sentido de aventura y ahora hasta nos gusta probar comidas nuevas. Pero sobre todo, descubrí lo imprescindible que es para mí la familia, mis hijos, mi esposo. Valoro el trayecto de mi vida, mi experiencia, mis valores, mi fe en Dios. Tengo la ilusión de volver un día a mi país cuando este sea diferente, pero no lo sé.

La adaptación es un proceso. Volví a meterme en cursos y estoy de nuevo con ventas de comida. Mi esposo consiguió un buen trabajo, mi hijo mayor hasta tiene una novia, que es linda y dulce como él. El menor es el que está mucho más adaptado. Es muy extrovertido y tiene muchos amigos y amigas, es como si estuviera en su país, estudia violín en el SINEM. Creo que poco a poco estamos saliendo adelante.

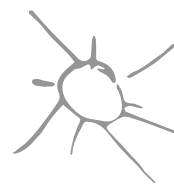
Cuando salimos de El Salvador, echamos en nuestras maletas sueños, proyectos de vida, ilusiones, metas para seguir trabajando en ellas y seguir construyendo nuestro futuro de la mano de Dios.

El dolor y las vivencias más fuertes de mi vida me transformaron en lo que hoy soy: una mujer

verdaderamente valiente y fuerte, con lágrimas y esperanzas. Trato de ver los colores que me trae cada día, con la actitud de que sí se puede salir adelante a pesar de las adversidades. Ahora tengo dos países y los amo.

Hay una frase dice “donde sea que Dios te plante, florece” y yo estoy intentando florecer aquí.

¡Gracias Costa Rica por el abrazo!





UNA REFUGIADA

¿Quién es una refugiada?
Una mujer poderosa
capaz de luchar en mil batallas
para llegar al lugar a donde la lleva el destino.
Una mujer valiente
que un día tomó la decisión de dejarlo todo
por el bien de su familia.
Una guerrera
eso y más es una refugiada.
¿Y qué lleva en sus maletas una mujer refugiada?
esperanzas y miedos
ilusiones y sueños
su pasado y su historia
sus heridas
y una carga de coraje muchas veces insospechada.
Y va llena de recuerdos,
una mujer refugiada
y en el bolsillo de la nostalgia,
lleva guardada a su patria.
Pero también tiene anhelos
quiere florecer de nuevo
sanar los dolores de su corazón
ver a los suyos salir adelante
realizar los sueños que en su país no se cumplieron
caminar al futuro, sin miedo
y que nadie la rechace por ser...
una mujer refugiada.

Poema colectivo

HISTORIAS DE MUJERES REFUGIADAS EN COSTA RICA



Con esta publicación, ACNUR Costa Rica eleva voces que no siempre son escuchadas: las de las mujeres refugiadas.



Entre el 25 de noviembre, Día Contra la Violencia hacia las Mujeres, y el 10 de diciembre, Día de los Derechos Humanos, se realiza la campaña “16 días de activismo contra la violencia hacia las mujeres”.



En ese marco, ACNUR Costa Rica realizó un taller literario con mujeres refugiadas que plasmaron sus historias de manera permanente. En un proceso de empoderamiento mediado por el arte, ellas abrieron una ventana a sus recuerdos y compartieron algunos retazos de sus vidas.



Luz, Itzel, Milagro, Salomé y Victoria nos dejan estos relatos para que no olvidemos. Que no olvidemos que están aquí, que existen, que caminan las mismas calles, que tienen los mismos derechos, que merecen ser felices. Pero también para que no olvidemos por qué tuvieron que venir a Costa Rica y por qué no pueden regresar a su antiguo hogar.



Este libro creado por ellas nos permitirá escucharlas y llevar su voz a otros espacios. Nos ayudará a entender lo que significa caminar en sus zapatos.



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU
para los Refugiados